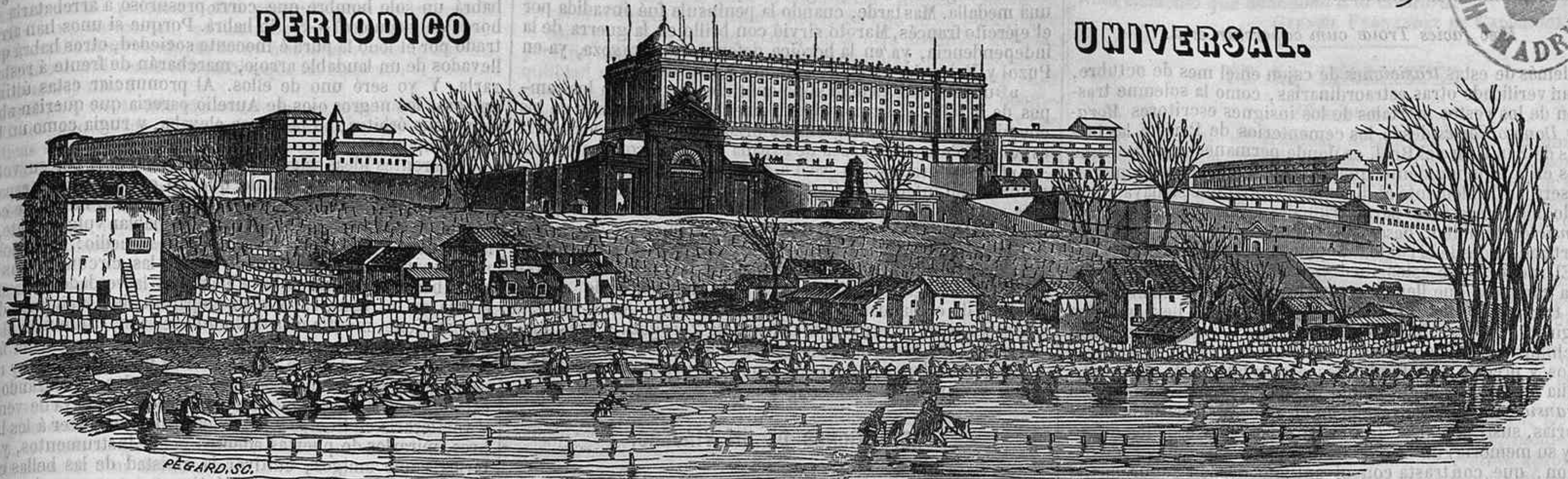


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 8 rs.

NUM. 245.—SÁBADO 5 DE NOVIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE OCTUBRE.

La luna de octubre puede llamarse con toda propiedad de *transición*. Desde la atmósfera, en la cual á las templadas brisas y esplendente sol equinoccial, suceden naturalmente los fieros aquilones y chubascos del Escorpion; desde la gala y lozanía de los campos que se convierte insensiblemente en desnuda y amarillenta faz; desde el hombre mismo, cuyos humores en perfecto equilibrio se miran alterados al solo aspecto de la cruda estación, todo en el mes que atravesamos, todo es *transición* en la vida natural;—y si contemplamos luego á la artificial de la sociedad, hallaremos igual *transición* por iguales causas determinada. Al reposo y vacación de los negocios, á las halagüeñas distracciones de los campos y de la aldea, sucede el bullicio de las plazas, la agitación febril de la ciudad. La política, que parecía dormir al arrullo de las auras embalsamadas, despierta con nuevos bríos y se dispone á continuar las pasadas luchas. Las pasiones buenas y malas, amortiguadas con ella, surgen de nuevo: los partidos recobran los antiguos colores y divisas, y ensayan sus futuros manejos y evoluciones, y los oradores tribunicios y los agitadores de la plaza pública preparan sus fuerzas y combinan sus planes para las próximas campañas, parlamentaria y electoral.

Hasta la misma sociedad privada está también de *transición* en sus usos y costumbres. El joven escolar pasa desde el estado de vacación y de holgura al de sujeción y de estudio; la doncella desde las evoluciones telegráficas de balcón á balcón, ó de las escaramuzas y reconocimientos del Prado, á las gratas dulzuras de la visita, á los misterios fecundos del *téte-á-téte*; los paseos vespertinos, las giras campesinas, conviértense en provechosas veladas, en tertulias y saraos; y los trajes aéreos y vaporosos ceden el puesto á los terciopelos y brocados; la elegante mantilla á la exótica y ridícula capota; el airoso levitín al prosaico y monstruoso paletot. Las casas mismas revestidas de alfombras y colgaduras varían de aspecto y cambian de decoración, y el lugar de la escena, que antes era el elegante mirador ó la modesta ventana, se convierte en el *coin du feu* al pié de la confortable chimenea ó en derredor del prosaico y clásico brasero.

Sentadas estas premisas, diremos ahora que en el mes en que nos hallamos, se ha operado en nuestro Madrid y bajo todas sus fases esta eterna y universal *transición*.—Abriéronse en el día primero las aulas universitarias con suntuoso acompañamiento de bandas y bordados, mucetas y capisayos; é ingresaron en ellas en numerosa cohorte los futuros héroes del púlpito y del foro, de la tribuna y del anfiteatro.—Esta solemnidad, que en las antiguas universidades formaba época en el año, y hacía del día de S. Lucas (18 de octubre) el primero de la era local, pasa en Madrid como desapercibida, á pesar del ostentoso aparato con que se la reviste oficialmente; y es que Madrid no cuenta entre sus antiguos blasones los títulos universitarios, y en ella es solo un episodio de la vida cortesana lo que en las antiguas ciudades de Salamanca y Alcalá constituía la vida entera.—El estudiante madrileño tampoco tiene fisonomía propia, como los salmantinos y complitenses; planta indígena del propio suelo, hijo de los habitantes ó empleados de la corte, vive en la casa paterna, participa del carácter, de las ocupaciones, del sistema de vida general de la población; privado de su antiguo y clásico traje, es imposible distinguirle materialmente entre sus demás compañeros de edad; y asistiendo al estudio lo menos posible, frecuentando las reuniones, los teatros, los cafés y paseos, participando absolutamente de todas las distracciones y recreos del vecindario, llena *pro fórmula* sus ocho ó diez años de curso; obtiene *pro gratia* sus correspondientes certificaciones y grados; recibe el título de Licenciado, ó la borla de Doctor, y todo ello no ex-profeso para ejercer la abogacía ó practicar la medicina, sino para cumplir con el uso, que quiere que sean letrados todos los hijos de Madrid, y para llenar el tiempo mientras consigue entrar de meritorio en alguna oficina de rentas, ó hacer su *debut* en el teatro con una traduccióncilla del francés.—Afortunadamente la inmensa mayoría de estos doctores *in utroque* despunta por el teatro y por el periodismo; porque si se dieran todos á ejercer la profesión de médicos ó abogados, ¡tristes de los pocos vecinos restantes de Madrid!

La publicación del Real decreto del 4 convocando las Cortes para el 19 del próximo noviembre, marcó la *transición* política del mes actual en nuestro Madrid. La afluencia á la capital de los hombres en *posición oficial ó parlamentaria*, las reuniones preparatorias, las idas y venidas, las visitas, los encuentros *casuales*, los apretones de mano, las sonrisas desdeñosas, las miradas de reojo, y los *apartes* en los altos círculos, todos estos preliminares que son como el *rum rum* de la orquesta, el ensayo de los instrumentos antes de empezar la partitura, esto es lo que propiamente presta fisonomía y carácter propios á nuestra elevada sociedad; esto es lo que envuelve en un colorido especialísimo este brillante cuadro de



Mendizabal.

nuestra actualidad. Pero al hablar de intrigas y maquinaciones, de odios y enemistades, de futuras luchas y pretéritos rencores, no vayan á creer nuestros lectores de provincia que todo ello se explica tan al natural como en su tierra; no se persuadan de que las banderías, los corifeos, y hasta el mas humilde subalterno de las filas políticas, llevan aquí enhiestos sus pendones, erguido y desdeñoso su semblante, arrugado el entrecejo ó preparadas las armas á la vista de su contrario.—Nada menos que eso; el aura voluptuosa de la corte embriaga todos los sentidos, ablanda y dulcifica todas las voluntades, y presta á los signos exteriores de las pasiones, aun las mas aviesas y enconadas, todo el carácter de la

cortesía y del buen tono. Así que, es muy frecuente el hallar juntos en el paseo á un jefe de la oposición con un ministro, ó departiendo tranquilamente en el teatro al funcionario cesante con su afortunado sucesor, todo sin perjuicio de hacerse por lo bajo la mas encarnizada guerra, y llenarse pública y solemnemente de recriminaciones y de injurias de dos á seis de la tarde todos los dias no feriados en los salones destinados *ad hoc*.

La eterna *question de Oriente* ha venido sin embargo á distraer algun tanto á la política de su preocupación interior; y la *transición* que en ella se ha operado en este mes

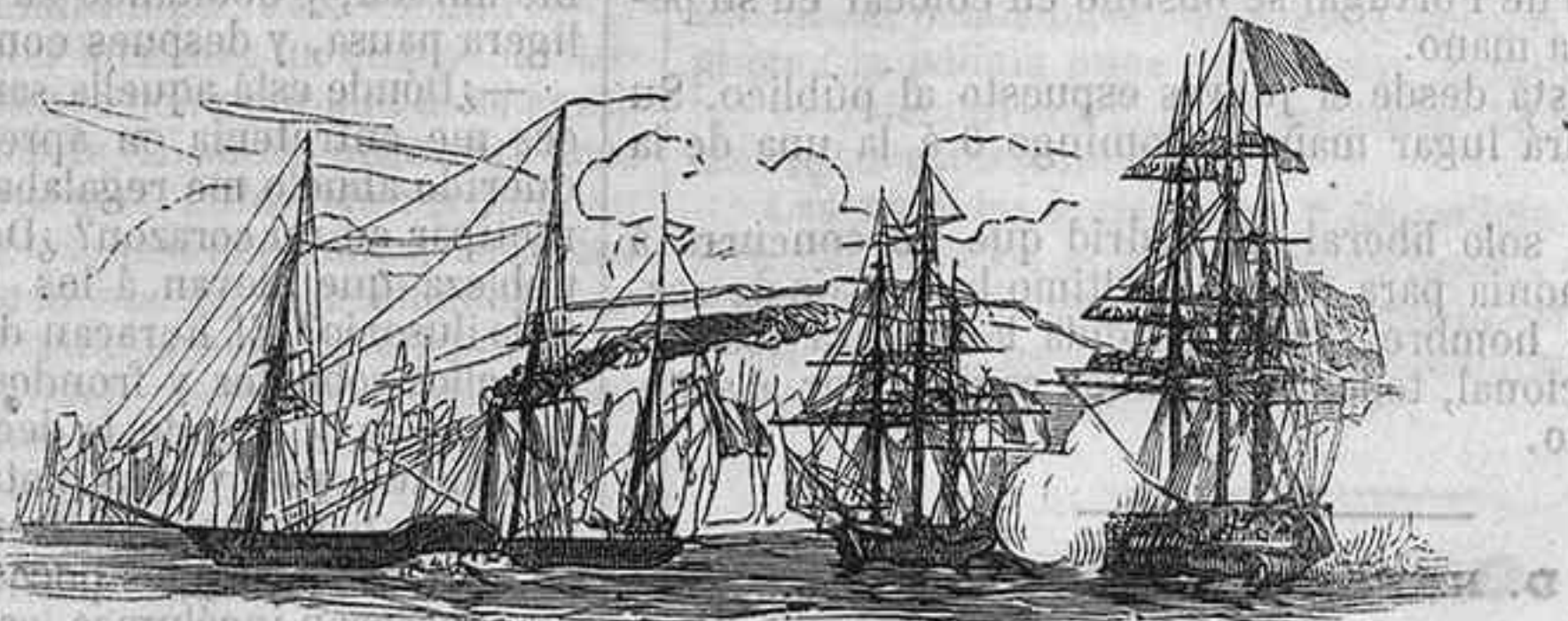
desde el estado de paz al de guerra, no ha podido menos de llamar algun tanto hácia el estudio de la geografía á nuestros políticos de campanario, y atraer hácia la Puerta Otomana los lentes y gemelos de nuestros grandes estadistas de la del Sol. Pero como aquella está tan lejos y apenas se percibe el ruido que haya podido hacer al girar sobre sus goznes para abrirse esta nueva puerta del templo de Jano, no ha sido gran cosa lo que por acá nos ha ocupado, ni por ello hemos dejado de desayunarnos todas las mañanas con nuestro consabido chocolate, ni de comer todas las tardes nuestros clásicos garbanzos, amen de irnos á solazar por las noches al otro Oriente con la música de Verdi en el *Rigoletto*, y ha-



Maroto.

ciendo todos los lunes la debida escepcion en favor del *Círculo* nacional.

Pero ha habido además de la cuestion política exterior é interna, otra cuestion algo mas peliaguda y que nos toca mas de cerca, y esta es lo que ha dado en llamarse la *question de subsistencias*, ó sea propiamente hablando, la cuestion del puchero interior.—Ante el interés candente ó espumante de esta han palidecido todas las demás cuestiones, y á la vista de la subida del pan y del carbon, del arroz y del aceite, y otros *artículos de fondo*, han pasado de incógnito los de los periódicos sobre las garantías de la prensa ó sobre el paso de los Dardanelos.



¡Y en qué mes precisamente ha ido á ocurrir esta *peripécia*! En el mes de los acopios invernales, en el mes de la promulgación de la moda, del equipo de nuevos trajes y preseas, en el mes en fin del estero, del alfombrado, de las mudanzas y decorado de la habitación!—Porque han de saber nuestros lectores de provincia que para que el aspecto de *transición* de este mes sea completo, la gran mayoría de los habitantes de esta muy heróica villa acostumbra desde muy antiguo mudar de domicilio á todas las entradas de invierno, con lo que se establece un trasiego general, un movimiento de va y ven tan universal y armónico de víveres y utensilios

de azacanes y carromatos, de espejos y sillerías, cazos y sartenes, que al concluir de la feria el aspecto de las calles de Madrid tiene sus puntas de analogía con el de una ciudad sitiada é intimada de rendición.

Hæc facies Troia cum caperetur erat.

Además de estas *trasciones* de cajón en el mes de octubre, se han verificado otras extraordinarias, como la solemne traslación de los restos mortales de los insignes escritores *Moratin* y *Donoso Cortés* desde los cementerios de París á las bóvedas de San Isidro el Real, en donde permanecerán hasta que se les erija el monumento que ha de perpetuar su memoria, que será probablemente al día inmediato en que se hayan concluido los decretados para Argüelles, Castaños y Palafox. *Trascion* también; desde el estado de muertos al estado de amortizados; desde el ruido del apoteosis al silencio del olvido.

El recuerdo de estos ilustres finados y el fúnebre clamor de la campana que llega á nuestros oídos en el momento en que trazamos estas líneas (1.º de noviembre) lleva nuestra imaginación á los diez ó doce cementerios que á la sazón henchidos de pueblo, decorados de flores y coronas de todos gustos y precios, y alumbrados espléndidamente en medio del día con una prodigiosa multitud de luces, marcan también la *trascion* que se ha verificado en nuestras costumbres funerarias, sustituyéndose (no sabemos si en pro de los difuntos y su memoria) un lujo de ternura, una esplendidez de devoción, que contrasta con el antiguo desden seguramente no menos exagerado: pero cuando íbamos á echarla de moralistas y á entretener con grandes reflexiones en este sentido la atención de nuestros lectores, recordamos también que nos estralimitamos del mes de octubre, y que por una *trascion* involuntaria íbamos á meter nuestra hoz en el próximo.

Todavía sin embargo nos retozaba en el magín alguna idea fuera ya de aquel límite y dentro de la mesada que empieza; y era relativa á las elecciones municipales que se están verificando, y que desde el último día de octubre al primero de noviembre marcan la *trascion* de un concejo á otro, la fecha de una nueva era municipal; pero luego echamos de ver que el mes de las *trasciones* había pasado, pues que reelegidos probablemente todos ó casi todos los concejales salientes por otro cuatrienio, según el sistema adoptado, no había en realidad *trascion* en las personas, y apenas era ya tampoco perceptible aquella entre los ayuntamientos electivos, y los *perpetuos por juro de heredad*.

EL CRONISTA.

EL EXCMO. SR. D. JUAN ALVAREZ MENDIZABAL.

A las 8 y media de la mañana del jueves 3 pasó á mejor vida el señor DON JUAN ALVAREZ MENDIZABAL, víctima de un catarro pulmonar, á que el paciente no pudo hacerse superior por haber estado sufriendo desde mucho tiempo há un penosísimo ataque á la orina, complicado con una disenteria rebelde. En el estado de debilidad en que el señor MENDIZABAL estaba, pocos días bastaron para que el catarro pulmonar extinguiera tan preciada existencia.

Al decir para siempre ¡*Dios!* á este notable y encarecido amigo nuestro, seanos permitido traer á la memoria los grandes rasgos de su vida pública, que inmortalizan su nombre.

Si, la historia guardará cuidadosa el esclarecido nombre de MENDIZABAL que se hace oír por primera vez al sonar un grito inolvidable en Cabezas de San Juan, y que dos generaciones han repetido en Cádiz, en Oporto, en Lisboa, en Madrid, en todas partes de la Península donde se ha dado un paso en la senda de la regeneración social y de la emancipación política de los pueblos: en Londres, en París, en las capitales de Alemania, en todas partes donde ha habido españoles desgraciados que consolar, víctimas políticas á quien socorrer.

Merced á los esfuerzos heroicos de MENDIZABAL la corona de Portugal ciñe las sienes de DOÑA MARÍA DE LA GLORIA; y si la de España descansa sobre la frente de DOÑA ISABEL II, no cabe una pequeña parte de esa gloria al hombre que volando desde Londres en 1836 prestó el poderoso apoyo de su inteligencia, de su actividad, de su acendrado patriotismo á la entonces tan combatida causa de la reina legítima de los españoles.

Desde aquella época... la historia de las grandes reformas económico-políticas que se han llevado á cabo en nuestro país de veinte años á esta parte, habla mucho más alto que pudiera hacerlo nuestra humilde pluma.

El señor MENDIZABAL ha muerto pobre, muy pobre. Jamás una condecoración vino á adornar su modesto frac de simple ciudadano; ni aun la de la Torre y Espada que el emperador D. Pedro de Portugal se obstinó en colocar en su pecho con su propia mano.

Su cadáver está desde el jueves espuesto al público. Su inhumación tendrá lugar mañana domingo 6 á la una de la tarde.

No habrá un solo liberal en Madrid que no concurra á esta triste ceremonia para pagar el último homenaje de respeto y afecto al hombre, cuya pérdida lamentará toda la Europa constitucional, todos los pueblos regidos por el sistema representativo.

D. RAFAEL MAROTO.

El teniente general don Rafael Maroto ha fallecido en Valparaíso, república de Chile, el día 25 de agosto último. Hé aquí los términos en que lo anuncia el *Museo*, periódico de Chile:

«Acaba de morir en el territorio chileno uno de los militares mas condecorados del ejército español.

«A las cinco de la mañana del día 25 del presente (agosto) ha fallecido en Valparaíso el general don Rafael Maroto, militar distinguido en la guerra de la independencia española, en la revolución americana y en los últimos sucesos de la Península.

«Nació don Rafael Maroto en la ciudad de Lorca, el 18 de octubre de 1783. Su padre era militar, y lo dedicó desde

su primera edad á esta carrera, obteniendo para él el grado de cadete en el regimiento de infantería de Asturias, cuando solo contaba diez y seis años. Sus primeros servicios datan de 1800 en la guerra de Portugal, en que fué condecorado con una medalla. Mas tarde, cuando la península fué invadida por el ejército francés, Maroto sirvió con brillo en la guerra de la independencia, ya en la heroica defensa de Zaragoza, ya en Puzol y Valencia, ya en San Onofre y Murviedro.

«Durante este tiempo supo cubrirse de gloria en los campos de batalla, y escapar atrevidamente de las manos de los enemigos que lo habían tomado prisionero. A la época de la espulsión de los franceses de España era ya coronel efectivo.

«Con tal graduación pasó á América al mando de un regimiento de infantería. Combatió en Chile y el Perú en las filas realistas, hasta obtener el grado de mariscal de campo en 1833. Estos servicios fueron juzgados en la corte de España en documentos públicos como pruebas de su acrisolada lealtad. En premio de ellos, Fernando VII le concedió la gran cruz de Isabel la Católica y la de San Hermenegildo con el destino de comandante general de Asturias. Antes de esta época ya tenía la cruz de la defensa de Zaragoza y tres medallas por las diversas funciones de guerra.

«Maroto deja una pequeña familia, cuya madre es chilena y aun vive.»

REFLEXIONES DE UN VIAJERO.

ARTICULO PRIMERO.

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!
Como de Dios al fin la obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra.
Paz á los hombres, gloria en las alturas!
Cantad en vuestra jaula, criaturas.
(Miguel de los Santos Alvarez.—MARIA.)

¿Veis en medio de aquella sala lujosamente amueblada un apuesto y elegante jóven que, rodeado de otros de su edad, habla, fuma y bebe como un carretero? ¿No veis asomar á sus labios la cándida y jovial sonrisa? ¿No veis sus libres acciones y su festivo semblante que parecen indicar se halla poseído de ardiente entusiasmo y de inmenso placer? ¡Ah! Pues si él fuera franco con nosotros; si nos fuera dado penetrar los secretos de su corazón, veríamos clara y evidentemente que todo es apariencia, farsa y puro fingimiento. ¡Tal es la triste condición de la criatura! Ahí está, aunque con tintas muy ligeras, bosquejada nuestra sociedad: ese es su esterior; otro su fondo, otra su propensión, otros sus designios. Ahora bien: ¿qué es el mundo...? un teatro: cada individuo un actor, y el que mas y mejor finge, mayores y mas repetidos aplausos recoge.

El jóven Aurelio, á quien todavía estais contemplando en aquel magnífico salón, va á partir dentro de muy breves instantes; ansioso de viajar, quiere examinar la sociedad en todos los países: abriga una cruel incertidumbre, y quiera el cielo que la horrible realidad no le arranque pronto la venda que cubre sus ojos.

Un criado aparece á la puerta del salón, y anuncia que el coche espera. Conmovido naturalmente Aurelio con este aviso, sale de la casa que le vio nacer; luego con frente serena, ánimo firme y donosa coquetería, hace un saludo á la muchedumbre que le rodea, y la silla-correo parte á galope.

Venid ahora conmigo; vamos á observarle en el carruaje. ¿No le veis ya que meditabundo retuerce su negro y sedoso bigote? ¿No escuchais las incoherentes palabras que murmura? ¿Qué dice? Oigámosle pues.

—El mundo es un juego de cubiletes, un baile de máscaras, una magnífica tela, brillante á primera vista, seda y oro en la superficie... pero si hacemos de ella un exámen detenido, si la tocamos nada mas... la seda se convierte en áspera estopa, y el oro en escoria renegrida. Empero, una voz me dice que el juicio que estoy formando es enteramente erróneo. Se equivoca; no lo es; y si no, ¿cómo se concibe que la concurrencia agrupada en derredor mio creyera muy satisfecha la aparente resignación y la mentida alegría que la manifestaba? ¿Cómo es que tambien ellos se hallaban entregados al falso júbilo que veian retratado en mi semblante y probado con mis acciones? ¿Era acaso que nos estábamos engañando mutuamente? ¿Sería tal vez que en aquellos críticos momentos estábamos leyendo en nuestros envilecidos corazones las horrendas páginas de nuestra recíproca falsedad? ¡Oh! Si así fuera, iría probándose poco á poco mi opinión. ¡Todos estábamos representando un drama! Las paredes eran los únicos mudos espectadores de aquella asquerosa función.

Aquí el gallardo jóven lanzó en derredor suyo una horrible mirada, y ocultando su rostro entre las manos, hizo una ligera pausa, y después continuó:

—¿Dónde está aquella sana moral que allá en años mas felices me entretenía en aprender de los viejos libros que mi querido abuelo me regalaba, y cuyas máximas traté de este-reotipar en mi corazón? ¿Dónde aquellos rasgos sublimes de nobleza que elevan á los hombres á la inmortalidad? ¿Era todo ilusorio? El huracán de la corrupción arrancó sin duda aquellos robustos y frondosos árboles, á cuya sombra vegetaba heroica y grande la decadente sociedad de nuestros dias. Esa virtud que vemos flotar vacilante en este inmenso océano de pasiones desenfundadas, llegará por fin á sumergirse, mal que pese á los pocos hombres en cuyos corazones aun se conservan incólumes los sentimientos de nobleza, de lealtad y de honradez. La moralidad firmemente asentada sobre su trono de oro, bajará degradada á sepultarse en el inmundado fango del vicio, asqueroso centro de corrupción y de perfidia; se veremos lánguida y humillante cubierta de harapos arrastrarse á nuestras plantas implorando de nosotros firme y constante apoyo. ¿Se lo negaremos?—No. Allí donde el peligro sea mayor, mas encarnizada y mas difícil la lucha, sabré esgrimir las armas, sabré morir; pero al exhalar el último suspiro alentaré á mis compatriotas para que vengando mi muerte, lidien á la vez con doble ardor y erijan á la nueva sociedad un santuario y firme alcázar.

—Cualquiera que oiga raciocinar así á un jóven de veintiseis años y virgen aun en sus pasiones, creería que estaba

loco: loco es, sí, el que preve la ruina social y el que se atreve á vaticinar que muy en breve veremos, mal de nuestra moral, la justicia y la honradez. ¿Y esto será posible? ¿No habrá un solo hombre que corra presuroso á arrebatarla del borde del sepulcro?—Sí, lo habrá. Porque si unos han arrojados por el lodó la pura é inocente sociedad, otros habrá que, llevados de un laudable arrojo, marcharán de frente á restaurarla. Y yo seré uno de ellos. Al pronunciar estas últimas palabras los negros ojos de Aurelio parecían que querían abandonar sus órbitas; su pecho se elevaba, y rugía como un toro impetuoso.

Diferentes ideas vagaban en confuso tropel por su volcánica imaginación, y decía lo que un célebre crítico español tan eminente como desventurado: «No puedo menos de con-fesar que el daño estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio: si hemos de raciocinar en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar, estar bien emparentado, lucir mas de lo que se tiene, mentir mas de lo que se sabe, calumniar al que no puede responder, abusar de la buena fé, escribir en favor y no en contra del que manda, tener una opinión muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esta opinión que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres, mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos, cultivar la amistad de las bellas como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes á fuera, y eso de las cosas que puedan servir (1).»

Conque la mentira, decía nuestro viajero, se ha hecho indispensable para vivir, la apariencia para figurar, el engaño para adquirir ilícitos goces, y la adulación para llegar á un puesto elevado!

A cuántos conozco yo que estas circunstancias han sido exclusivamente las bases de su capital! Cuántos, sí, haciendo alarde de honradez, han logrado fascinar á los hombres de buena fé, arrebátandolos, digámoslos así, de entre las manos el pan de sus amantes hijos: despues se burlaron de ellos insultando su miseria con un lujo robado, y escarnecían á la sociedad disculpándose con ella, cuando era llegado el horrible momento de hacerles severos cargos por la ignorada adquisición de tan pingüe fortuna.

¡Oh, qué verdades tan amargas! Tal vez contienen mucho veneno; acaso siembren el germen de la destrucción; pero al fin... son verdades inconcusas!

¿Y es esta la moral? ¿Es esta la honradez? Huid, huid de mí acalorada mente, fatídicas ideas! No atormentéis mi corazón! ¿Quereis borrar de él las grandes y sublimes creencias que aun abriga?

La ronca y cigarrosa voz del mayoral que anunciaba el relevo del tiro del carruaje, interrumpió las reflexiones de nuestro amigo Aurelio.

ARTICULO II.

El mundo es baile de máscaras,
y el hombre con raras titulos
pone á sus locuras cáscaras.
VOLTAIRE.

El día 18 de febrero del año 1837 llegó por fin á la corte de las Españas nuestro jóven viajero, y no sin gran pesar tuvo que separarse de una lindísima compañera que la suerte le depaó durante la mayor parte de su escursión. Era una de esas mujeres tan hermosas en lo físico como en lo moral; una de esas criaturas cuyas perfectas facciones revelan tambien lo bien acabado que se halla su corazón, juntamente con la candidez y la hermosura de su alma noble y elevada. Mujer nacida para hacer la ventura de algun hombre tan perfecto como ella, para dirigir mas tarde á sus tiernos vástagos por el camino del bien y ser útil á la sociedad. Tan luego como se hubieron separado los dos viajeros, precedido el consabido ofrecimiento de servicios y cambio de tarjetas, Aurelio se dirigió á su habitación, y no pudiendo apartar un solo instante de su memoria las relevantes prendas de que se hallaba adornado el corazón de su compañera de viaje, exclamaba trasportado por el entusiasmo: «Esa mujer es una perla hallada en el cenagal de la sociedad! El genio de la paz que se presenta batiendo sus alas de oro y grana en medio el campo de feroz guerra; la antorcha que ilumina un lóbrego recinto poblado de asquerosos reptiles, los cuales desaparecen ante el hermoso resplandor que los ciega, y huyendo desprovistos, van á ocultarse en sus profundos agujeros. Es en fin el espejo fiel en que deben mirarse todas esas criaturas que rodeadas por una orla de vicios, pululan osadas corrompiendo las costumbres y arrastrando por los cabellos á la sociedad de nuestros dias.»

Sumido estaba en estas reflexiones, cuando el criado de la casa le anunció la llegada de D. Jaime Canseco.

Era este un hombre de colosal estatura, de cano y retorcido bigote, cutis tostado, ojos negros y chispeantes y acento grave y seco: un amigo íntimo de los padres de Aurelio, al cual estrechó en sus brazos con indecible efusión, y después de haber rodado una lágrima de júbilo por su arrugada mejilla le dijo: «Ya sé, hijo mio, el motivo que te trae por esta malderna Babilonia, y seguramente aprenderás mucho en ella, si es que pones cuidado en todo lo que veas. Yo, á fuer de hombre experimentado, te iré haciendo algunas observaciones que á todo trance quisiera que escucharas para aprenderlas. ¡Son tan provechosas! No conoces la sociedad: tu alma grande y generosa no conoce otros corazones que el tuyo, otros hombres que tú, otro mundo que tu casa. Yo tampoco conozco bien la sociedad; no conozco otros corazones; pero sé que los hay hartos diferentes que el mio; sé que hay otros hombres; que hay otro mundo. Para conocer el razon del que nos habla, sería necesario despojarnos de su traje exterior, después de otro, luego de otro y otro, y aun así... no le veríamos, porque está escondido y pegado como la ostra en las rocas del mar. Envuelto en cien y cien dobleces, oculto entre mil y mil pliegues, antes romperíamos la tela que ver lo que contenía. Algunas veces se descubre el de

(1) Larra, artículo titulado *Las circunstancias*.

motu proprio, pero son las menos. A imitacion de la culebra cuando sale a tomar el sol en el mes de abril, y luego al menor ruido que siente se retira serpenteando a su agujero, así tambien el corazón del hombre suelta un doblez y otro doblez, separa un pliegue y otro pliegue; pero en cuanto ha satisfecho su curiosidad; en cuanto ha visto que su compañero le estaba observando, se retira á esconderse en su abismo.

Dichoso mil veces el hombre que ha conocido el corazón de sus semejantes!

Aquí pues no te faltarán ocasiones en que admirar lujos, trénes adquiridos, á no dudar, en una de esas revueltas políticas tan frecuentes por desgracia en nuestra patria. Lujos que tiene por objeto insultar á dos clases de la sociedad, arrojándolas á cada momento un guante que cuando llega el día de recogerlo, no es fácil prever sus funestas pero justas consecuencias; lujos adquiridos en un alza ó baja manejadas por cierto número de magnates que todo lo vuelcan y lo trastornan.

Es preciso que convegas conmigo en una idea. La corrupción ha llegado á su colmo, y por do quiera va cundiendo como un cáncer devorador que va gangreando las pequeñas fibras de la sociedad que aun se conservan intactas. No hay pues mas ley que el oro, mas intereses que los materiales; tienes la mano de amigo á tal ó cual hombre, y crees que efectivamente le correspondido á tu cariño; pero, qué error!... á la primera ocasion tu amigo se transforma en un nuevo Judas. La amistad que hace poco te juraba no vaciló en sacrificarla ante las aras del interés.

De todo esto se deduce que es preciso rendir culto á un solo objeto: al oro y siempre al oro: su sonido da particular expresion al semblante, estremece nuestro cuerpo, agita sus nervios, conmueve el alma, y hace palpitar violentamente al corazón, siendo pequeña la órbita sobre que gira. ¡Tan grandes son sus encantos!

El hombre se ciega ante la pureza de su brillo; dobla la rodilla ante su fuerza irresistible, y cae abatido por su peso insuperable.

Para algunos hombres del siglo XIX no hay mas vínculos de amistad, mas afecciones morales, mas creencias verdaderas, mas religion, mas Dios que el oro. Es preciso que reconozcamos su omnímoto poder, y así podremos vivir cómoda y tranquilamente. «Eso no, por mi vida, interrumpió con voz de bruño el joven Aurelio, eso no; yo no respeto mas que al hombre cuyos honrados antecedentes le han elevado á esa categoría; yo no respeto mas que el saber y la virtud allí do quiera que se encuentren. No conozco mas ley que una, mas Dios que uno. Aquella siempre será respetada por mí con sacrosanta veneracion; este será adorado por mí hasta exhalar el postrimer aliento, el cual le consagraré con fé grande, sagrada. Fuera pues de estas razones, antes ni después de ese círculo no conozco ni respeto nada. Los hombres no son para mí otra cosa que reptes arrastrando e unos á los pies de otros. Nacido para vivir en la independencia, porque tales han sido, son y serán mis convicciones y mis doctrinas, jamás inclinarme mi frente á las exterioridades. Mecido en una cuna humilde pero noble, despreciaré todo lo que sean apariencias y anatematizaré la hipocresía.

Aurelio iba á continuar, pero D. Jaime se lo estorbó.

—¡Ay! le decía, cómo se exalta tu pueril imaginación! pobre joven, cuando solo oyes referir superficialmente sucesos que por desgracia á gun día has de tocar.

Tú no has visto, como nosotros, erigir altares á esa hipocresía que tan noblemente condenas; forjar cadenas para amarrar á la verdad; rendir culto á la calumnia; construir calabozos para encerrar á la inocencia; tú no has visto, en fin, cómo los hombres, guiados esclusivamente por una envidia execrable, desprecian, ajan y pisotean los verdes laureles que adornan la frente de a gun genio inmortal. No los has visto, no, decir con sangre fría é irónica sonrisa que aquellos hombres están locos. Locos vosotros los que careciendo del suficiente raciocinio no podeis juzgar con acierto lo bueno y lo malo; para conocer su mérito, para envidiarlo, y esclamar después con aire de triunfo: «este hombre es un genio, su nombre pasará á la posteridad.» Locos, no, idiotas, vosotros los que no tenéis otro Dios que vuestro oro con el cual comprais el inmundo beso de una asquerosa ramera, y despreciáis, porque en vosotros es ajeno el talento, la virtud, la esencia y la sublimidad de las ideas.

A tan fogoso y elocuente diálogo sucedió el mas profunfo silencio. Este después fué interrumpido por la despedida de D. Jaime que iba murmurando entre sí: «Qué imbécil he sido, pues he tratado de descubrirle secretos que solo el tiempo ha de revelar mas tarde.»

Aurelio cayendo de rodillas trasgado de do'or, exclamó alzando sus ojos al cielo: «Dios mio, ¿haced que no desaparezcan de mi corazón estas verdaderas ó quiméricas ideas! ¡Soy tan dichoso con ellas!

ARTÍCULO III.

Hojas del árbol caídas
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón.

ESPRONCEDA.

No hay duda alguna que la esperanza es el último elemento que no abandona á la criatura. Cuantas veces nos hemos hallado en algun peligro inminente, otras tantas hemos sentido vagar por nuestra imaginacion una idea halagüeña y consoladora. Cuantas veces hemos tocado el fin de una ventura ficticia ó positiva, otras tantas hemos sentido confortado nuestro corazón y alentada nuestra alma por una idea lisonjera, la esperanza.

Los últimos momentos de un reo en capilla deben de ser en extremo angustiosos si no fueran los elocuentes consejos y las sublimes exhortaciones del docto y prudente sacerdote, compañero inseparable del criminal en tan aciagos instantes, y el heroico valor que recibe de mano de un ser invulnerable, piadoso, omnipotente. En estos momentos pues es cuando mas se deja conocer el poder de un Dios justo y benéfico; en estos momentos es cuando sentimos su magico influjo, cuando confortado nuestro espíritu, sentimos correr por nuestra alma el bálsamo consoador de la fé y de las creencias sublimes. En estos momentos no ambicionamos otra cosa que la muerte,

porque estamos dispuestos á recibirla con el valor de los mártires; porque no ansiamos otra cosa que el eterno descanso, y no vemos nada mas allá que Dios, de cuya presencia queremos gozar. Hé aquí la esperanza. Empero cuando el reo siente correr el enorme y negro cerrojo de la puerta que le conduce á la calle, cae abatido en la mas profunda tristeza; pero un momento después vuelve á recobrar la perdida tranquilidad que le robaba la idea terrible de la muerte, ante cuya horrorosa figura ya no tiembla porque se agita en su imaginacion una idea, la esperanza. Da unos cuantos pasos y divisa un inmenso gentío que ondulando como las olas del mar aguarda impaciente la victima que va á inmolar la sociedad en aras de la ley y en justo desagravio á la ofensa que la ha inferido: ve luego el brillo de lumbrador de las armas que empuñan los soldados, cuya única mision en aquel sitio es conservar el orden: y en segundo término ve alzarse un tablado ligeramente construido. La muchedumbre abre paso al reo y fija en él sus miradas voraces. ¡Tan grande es el deseo que tiene de conocerlo, de enterarse bien de su trage, y si su semblante va sereno ó contristado! El reo, á la vista de un espectáculo tan imponente, cree palidecer; su espíritu se abate, sus músculos se agitan, tiembla su voz, y flaqueádole las piernas va su cuerpo á dar en tierra, cuando el sacerdote, asistiéndole del brazo le exhorta de nuevo animando su espíritu con palabras dulces y cristianas: el hombre va gradualmente adquiriendo fuerzas hasta sentirse animado del mismo valor que media hora antes ostentaba con osado orgullo, porque veia cerca de sí una uchilla que cortando el hilo de sus terribles infortunios le abria el camino que conduce á la encantadora morada de los justos. Esta es la esperanza.

El hombre, cuya vida es una serie no interrumpida de desgracias, trabaja y se afana por llegar al puesto que tanto ambiciona: el horizonte está siempre nublado; no ve amanecer un dia sereno y apacible; antes bien por el contrario la tempestad zumba en sus oídos; pocas, pero grandes gotas de agua caen á sus pies, y espera que el rayo desprendido del cielo pulverice su cabeza... Y sin embargo trabaja y se afana por llegar al puesto que tanto ambiciona; desprecia la tempestad, y tendiendo una mirada á ese mismo cielo que cree irritado contra él exclama: ¡Quién sabe lo que allí hay escrito! no es dado al hombre penetrar tales secretos: los altos juicios de Dios son incomprensibles. Algun dia pues amanecerá claro y será feliz! Ved aquí la esperanza.—El hombre cuya vida es una larga cadena de crímenes, y que no viendo sus ojos el fero que le marca el puerto seguro donde poder arribar con toda felicidad, discurre como Arquímedes la resolucion de su gran problema, hasta que súbitamente inspirado por una idea feliz, corre presuroso al claustro sin otro objeto que purgar en él los excesos de una vida licenciosa y perversa. Su única idea es la salvacion; ella enloquece su cerebro robándole la tranquilidad, y es la sombra fantástica que le asalta durante sus pesados sueños. Recorre hora por hora y dia por dia los sucesos de su vida, y al recordar algunos, la desesperacion aparece pintada en su rostro, después la serenidad, mas tarde la alegría. ¿Cómo tan súbitas variaciones? Es que su imaginacion ha concebido la idea de que existe un Dios infinitamente bueno, justo, piadoso y omnipotente, que premia y castiga, que no desprecia un corazón contrito y arrepentido; y siente con heroico placer que el suyo, en un tiempo duro y corrompido, ha dado cabida en su fondo al mas verdadero arrepentimiento; que piensa alcanzar de ese Dios bueno y poderoso el perdon de sus pecados, y gozar después de su dorada mansion. Aquí está la esperanza.

De esta manera discurrea paseando por su habitacion el joven Aurelio, y creia hallar muchos puntos de contacto entre la actual soledad, el reo en capilla, el hombre desgraciado y el libertino.

El hombre en capilla, decía, encuentra un asilo grande, hermoso é imperecedero como es la gloria, porque Dios se apiadó de él cuando oyó las fervientes plegarias que le dirigia desde la mansion del crimen, en la cual esperaba al verdugo que mas tarde habia de hacer rodar su cabeza á los pies de aquel pueblo estúpido que le aguardaba ávido de su presa. Pues bien: nosotros, á imitacion de Dios, debemos de perdonar tambien á las personas que han corrompido la sociedad, y separándoles absolutamente de ella, podemos regenerarla ó formar una nueva. Nada creo que es mas fácil, porque aun se conservan almas vírgenes y corazones nobles que ansian elevarse á la inmortalidad por medio de una gloria cuyos beneficios son incomprensibles. Esto sin embargo, es una dorada ilusion.

Para llevar á efecto los delirantes proyectos de nuestro joven seria preciso amputar muchos miembros gangreosos del cuerpo social, operacion que no podria resistir por mas que su complexion sea muy robusta. Debilitado por incesantes padecimientos, se halla predispuesto á recibir toda clase de impresiones, y falta saber cuáles serian primero, si las de los miembros sanos que iban á difundir por todo él una sávia nueva y fecunda que mas adelante formaria un cuerpo de formas atléticas, ó las de aquellos cuyo contacto aun le es agradable, y cuya sangre humeante todavia puede pegar con mas facilidad, porque al fin es casi la misma. Esta es la verdad.

Es preciso, diria el joven de que nos ocupamos, hacernos superiores á la desgracia que nos asedia, y á imitacion de aquel hombre desgraciado oír zumbir con indiferencia la tempestad y mirar cuando esta haya pasado si el horizonte está ya limpio y sereno. Es necesario hacer frente á ese formidable enemigo, muy sagaz y digno de consideracion, porque sus tiros salen de las entrañas de la tierra y sus balas vienen dirigidas á nuestro corazón. Sus heridas pues son mortales. No obstante estas razones, esto no es mas que una ilusion. Muy cierto es que existe ese enemigo que nosotros no negamos, porque seria incurrir en un error imperdonable. Somos los primeros en reconocer su existencia, su irresistible poder y sus deplorables fines; pero permítanos nuestro amigo Aurelio que le digamos que los medios escogidos para batirle no son los mas á propósito. Hemos dicho que reconocemos su existencia; y añadiremos que sus tiros no se oyen, solo se sienten, y se ven las heridas que causan sus proyectiles; que no está oculto en las entrañas de la tierra; que es un ser hasta ahora invisible, que vagando por los aires nos vé, no le vemos; siembra en ella el germen de la destruccíon, marcha, vuelve, observa, y se complace en nuestra desgracia. Ahora bien: ¿qué remedio heroico pudiera opo-

nersele? Harto lo sabemos, pero no podemos manifestarlo.

Nos contentamos pues con decir. La esperanza es el último elemento que abandona á la criatura.

GABRIEL FERNANDEZ DE CADÓRNIGA.

DE LA EMBRIAGUEZ.

(Conclusion.)

El presidente del tribunal, después de haber pronunciado la fatal sentencia, dijo al reo, que dirigiria á S. M. la recomendacion de los jurados; pero que temia no accediese á la súplica, por la necesidad de dar un ejemplo que escarmentase á los que voluntariamente perdian el uso de la razón, espionándose á cometer los mas atroces atentados.

Fuera de los casos expresados en que la ley puede de alguna manera manifestarse sobre los borrachos, los medios indirectos, como los buenos ejemplos, las distracciones mas nobles y escogidas, son los que con mas eficacia remedian el vicio de la embriaguez.

El gobierno en este concepto debiera promover en los pueblos toda clase de diversiones, en las que por su condicion ó la costumbre no se mezcle el vino, como son los teatros, las danzas, los paseos y reuniones generales; los juegos de pasatiempo, sean atléticos ó sedentarios, incluso los de naipes, no siendo de suerte. Estas diversiones aproximan las personas, entretienen el tiempo, y disminuyen el fastidio, que casi siempre lleva los hombres á las tabernas.

Los progresos en todo lo que constituye la elegancia, sea de los vestidos, de los muebles, y todo género de adorno; el cultivo de la música y demás artes de imitacion, de las ciencias y de la literatura, conducen al mismo resultado; forman la civilizacion de los pueblos, que consiste en la dulzura y amenidad del trato comun, en el progreso de la inteligencia en las ciencias y artes, los buenos principios de la moral privada y pública, y en el aumento del bienestar en la comodidad, y aun en lo que se llama lujo. «¡Feliz el pueblo, dice un autor moderno, que se le vea elevarse sobre los vicios brutales y groseros, estudiar la elegancia de las costumbres, los placeres de la sociedad, el recreo de los jardines, las bellas artes, las ciencias, los juegos públicos y los ejercicios del entendimiento! Las religiones que inspiran la tristeza; los gobiernos que hacen á los hombres desconfiados, y que los separan, contienen el germen de los grandes vicios y de las pasiones mas dañosas.

Entre las diversiones públicas merecen particular recomendacion las fiestas religiosas y la observancia del domingo; dias consagrados al descanso y al ejercicio de la religion, y que por un triste abandono se emplean por lo comun en daño de las costumbres públicas. Es lo mas extraño, que suspensos en estos dias los trabajos de las artes, y cerrados los establecimientos del comercio, hayan de permanecer abiertas las casas de prostitucion y de bebidas. Estos dias solemnes son tambien los de exceso y crápula, y muy raros en lo que de sus resultas no ocurren muertes, escándalos ó feridas: los domingos y dias festivos han llegado por lo tanto entre nosotros á ser una institucion en honor de la ociosidad y en provecho de todos los vicios. El medio de conservar la pureza del domingo seria el de disponer que á la par de los talleres de la industria y lonjas de comercio, se cerrasen las tabernas, promoviendo en su lugar los paseos, las danzas y juegos inocentes, á que sin escrúpulo ni perjuicio puede el pueblo entregarse después de los ejercicios de la iglesia.

Respecto de las bebidas que embriagan, todos saben que la mas perjudicial es el aguardiente; conviene por lo tanto que el gobierno sobrecargue su venta con crecidos derechos, que contenga á los viciosos, y no disminuya el consumo, mas natural, del vino.

Una policia mas severa sobre esta bebida haria convenir acaso que no se vendiese al público en los mismos establecimientos que el vino, sino en otros separados, y que de estos no hubiese mas que el número necesario para el consumo del público; que no se permitiese en ellos reuniones de bebedores, ni estos permanezcan en ellos mas tiempo que el del consumo, á cuyo fin los mostradores, como otras veces ha sucedido, hayan de mantenerse á la inmediacion de la calle, con prohibicion á los bebedores de traspasarlos.

El vino no exige tantas precauciones; pero igualmente convendria la vigilancia recuente de la policia, y que para evitar la permanencia en las tabernas de los borrachos, y los desórdenes que ocasionan, se haga responsable á los dueños de estos establecimientos, si no los impiden, ó dejan de pasar pronto aviso á la policia. La avaricia de los taberneros y la frecuente infraccion de los reglamentos de policia, consintiendo en sus tiendas reuniones tumultuarias, ó despachando las bebidas en horas extraordinarias, son causa de las continuas pendencias, muertes y heridas que de ellas se originan: la policia pues debe velar continuamente sobre estos establecimientos, y no disimular la menor infraccion de las reglas establecidas.

Las medidas legislativas y de policia enunciadas, el hábito del trabajo, el influjo del ejemplo y el beneficio de una instruccion mas generalmente propagada, hará perder entre nosotros á la clase inferior su inclinacion á la embriaguez, y sus gustos demasiado groseros.

J. C. E.

PINDARO.

El tiempo es un mar inmenso en donde la especie humana navega. Los pueblos y los hombres dependen de este elemento, sobre el cual han sido llamados á combatir, y en el que no bastan para adquirir celebridad, ni la virtud ni el genio; sino que además es indispensable la oportunidad para encontrar aquel eco, aquella correspondencia que el mundo llama gloria. Nacemos dependientes de lo pasado y del porvenir, y solo conseguiremos prevalecer estableciendo una justa relacion entre lo que nos ha producido y lo que nos rodea.

Pero si á todo el mundo conviene aparecer con oportunidad, al artista le interesa mas que á nadie. Si tuviere la suerte de ponerse en es ena en una época en que pueda entrar en un comercio de inspiracion y entusiasmo con hombres y co-

sas capaces de arrancarle por su magnitud el grito y el testimonio de su grandeza personal, podrá llamarse verdaderamente feliz. ¡Qué diálogo tan sublime el que se establece entre un gran artista y un gran siglo! Son bellas las acciones, tienen que serlo también las palabras: las estatuas y las pinturas encuentran asuntos nobles en los héroes que viven aun; y cantos, ideas, producciones, monumentos, todo respira esta armonía social, madre de la felicidad común, del bienestar particular; porque no solamente el estado prospera en estas circunstancias, sino también sus individuos. El hombre no vive por sí solo entonces; vive también con la vida de los demás; y el artista, al mismo tiempo que trabaja por su peculiar gloria, trabaja por utilidad y provecho de todos, si bien con fatiga, pero sin amargura; y sacerdote del genio, de la inteligencia y de la belleza, encuentra honores inviolables en la protección de sus dioses. Píndaro ha sido uno de estos genios privilegiados, de estos seres predestinados á la union de la felicidad y la inmortalidad.

Brillaba en su mayor fuerza y lozanía la Grecia. La dórica Esparta modelaba sus costumbres con arreglo á una ley sistemática y dura; fuerte por la disciplina de su legislación, que abrazaba lo mismo al estado que á las familias, lo era mas aun por la suerte de la guerra. Al ver sus contiendas con los mesenios y argivos, se diría que afilaba las armas que debían cubrirse de gloria en Platea. Atenas, despues de los ensayos y reformas intentadas por Dracon, Cilon y Epimenides, habia fundado, ayudada por Solon, una democracia moderada que no pudieron destruir los piristratidas, y que Clístenes salvó de los embates de Iságoras; teniendo el valor de remitir á los esparciatos, beocios y eginetas, al tiempo mismo que formaba su constitucion política. ¡Union admirable de libertad y guerra! Gloriosa era la emulacion que reinaba en los demás estados del Archipiélago. Egina igualaba en poder marítimo á Atenas; Corcyra rivalizaba con Egina; Corinto era la Fenicia griega: sus bajeles surcaban todos los mares; sus colonias poblaban toda la tierra, y Europa y Asia contribuían con sus tesoros en cambio del lujo que les satisfacía. No estaba menos floreciente el Peloponeso. Los habitantes de Argos y la Arcadia descollaban por su poderío. Tebas presentaba un aspecto de ventura, y la caballería tesalónica podia venir en auxilio de la patria común, con invencible impetuosidad, desde la estremidad de la Heladia, al primer grito de socorro.

Los persas se agitaban con una mortal inquietud: parecia que el Asia ambicionaba tragarse á la Grecia, desde el momento en que los atenienses, tal vez sin saber lo que se hacían, habian fomentado las turbulencias de la Jonia. El incendio y conquista de Sardica reveló á Darío el nombre de Atenas, y lanzando en aquel instante una flecha al cielo, juró vengarse, mandando á uno de sus criados que todos los dias, al tiempo de comer, le repitiese por tres veces: Señor, acuérdate de Atenas (1).

Ha sido una felicidad para el mundo que ni el déspota ni el esclavo olvidasen su cometido: la humanidad ha reportado un gran bien de las presuntuosas cóleras de Jerjes y Darío. Nunca se vieron coronas mas débiles producir conmociones mayores. Parece que se habia convenido en una seña, para que á su presencia se desplomase todo. Pueblos y naciones, que ni por los nombres se conocían, se encontraron juntos en la tierra y en el mar, empuñando la espada y el remo: acercarse, conocerse y combatir, fué todo una misma cosa; resultando la gran ventaja de que la guerra buscase causas mas nobles, el comercio descubriese nuevas salidas, el género humano motivos mas grandiosos de escitacion. Puede decirse con verdad que las guerras medas han sido la pubertad del mundo.

Véanse eclipsar en ellas las épocas teocráticas y reales de la Grecia: los espíritus se desprenden poco á poco de las antiguas tradiciones; principian á cambiar las costumbres; caducan las máximas y reglas de una política religiosa y patricia; pierden su primitiva autoridad las razas aristócratas, y un no sé qué de libre y popular comienzo á circular cual dulce céfiro al través de las antiguas instituciones, vigentes aun.

Para hablar con justicia de la democracia griega es preciso no arrancarla del lugar cronológico que ocupa en la historia general del mundo; porque es indispensable hacer ver que no ha sido una escepcion violenta, sino una consecuencia legítima de la civilizacion primera de las sociedades, una sucinta y brillante introduccion á la libertad moderna. La democracia ática es el resultado necesario de la época pelásgica, de la crecopia y de la jonia, y nadie podrá, sin ser injusto, declararse su ad-



Muestra de las láminas de Veinte años después.

versario. En esta democracia debemos reconocer á la humanidad que concebía las primeras sospechas, un deseo vago de emanciparse. En su cumplimiento trabajaron los sacerdotes egipcios: la época monárquica de Teseo la preparó, llegó á su infancia en el Arcontado de los eupatridas; Solon y Clístenes la sujetaron á leyes; Milciades armó su brazo con una espada victoriosa; Temístocles le aseguró el dominio de los mares. Todo esto es grande, es necesario. La democracia griega es el espíritu humano que sale del templo y del miste-

rio para esparcirse y gozar de la vida y de la libertad: es Bias; es Herodoto; es Solon; es Fidias; es el mismo Platon que solo en la democracia hubiera podido escribir academia no era inútil para enseñar el oriente.

Un poeta que cantaba mas bien la antigüedad de su nacion que el glorioso estado en que á la sazón se hallaba, aparece en medio de las guerras medas, entre Maratón y Salamina. Píndaro presta su genio á la evocacion sublime de lo pasado, que por momentos se precipitaba. Mas ¿hubiera podido celebrar los siglos antiguos si no hubiese florecido el suyo propio? Su pluma se mojaría en las turbulencias y agitaciones del tiempo en que vivía, cual si hubiese sido la laguna Estigia; y cuando los labios todos prorumpían en gritos y alabanzas á la nueva libertad popular, Píndaro celebraría los dias que habian pasado. Las tradiciones teocráticas y sacerdotales templarán su lira á la vista misma de Calisthene y las revoluciones democráticas, y alabarán los reyes en presencia de Temístocles.

Píndaro nació, si damos crédito á Suidas, en la olimpiada 65, en Tebas ó Cinocefalia, poblacion pequeña y poco distante de la capital de Beocia. Unos dicen que fué hijo de Daifante, otros que de Escopelino, algunos que de Pagonidas. Su madre se llamaba Myrto, segun una version, y segun otra Clidicea. Los antiguos poetas dicen que Píndaro casó con una mujer llamada Timojene, de la que aseguran tuvo una hija que se llamó Daifante, y dos hijas, Protomaca y Palymetis.

Su vida fué larga, afortunada y majestuosa. El cielo lo dotó con el amor y el genio de la poesia y de la música, y él supo aprovechar estos preciosos dones cultivándolos con una constante aplicacion. Fué su maestro el ilustre Lasus, que procuró inspirarle principalmente el gusto por la lira y el respeto á los dioses. Es muy fácil para los grandes genios el amor de Dios, porque en este culto se encuentran y honran á sí propios.

Religioso por naturaleza, se complacía principalmente en las tradiciones divinas y en los recuerdos heroicos de la Grecia; y como reuniese las cualidades brillantes del sacerdote y del hierofanta, desdeñó el canto épico de Homero, decidiéndose por la oda. Los tiempos le brindaban á ofrecer coronas líricas, porque los pueblos que se agolpaban á los espectáculos y á los juegos olímpicos en Delfos, Nemea y Corinto, estaban ansiosos de poesia, de emociones y de armonía. El corazon de los griegos latía con violencia; los cerebros estaban exaltados, el entusiasmo se difundía por todas partes. Las cabezas, ocupadas hasta entonces en los placeres y el gimnasio, principian á calcular sobre los destinos de la patria: los pechos se inflaban: y si por acaso resonaba el nombre de los persas del Asia, las glorias presentes despertaban las pasadas. Maratón, Platea y Salamina encendían el deseo de renovar las tradiciones patrióticas, y de hacer una Grecia que fuese común á todos los siglos, á todos los pueblos, á todas las generaciones. Píndaro fué el poeta que mas sobresalió en cantar las tradiciones helénicas; y dejando á los historiadores que ven el porvenir por el tiempo presente, y previendo que Herodoto se ocuparía de Temístocles, se limitó á eternizar lo pasado.

Sin embargo de que pasó felizmente la mayor parte de su vida, no le faltaron algunos disgustos de vez en cuando. Se dice que sus conciudadanos le condenaron á pagar una multa por haber elogiado á los atenienses. Tan difícil les era aun á los pueblos griegos ser recíprocamente justos. También se dice que los atenienses pagaron esta multa; lo que prueba cuán dulce era á los moradores de la ciudad de Minerva ser celebrados por un tebano. Una mujer, Corina, le arrebató cinco veces el premio de la victoria. Eliano refiere que Píndaro apeló de este juicio á la misma Corina, confianza que le honra, y da á conocer la que tenia en su propio genio, y en la modestia de su rival. Algunos fragmentos inutilizados no bastan para darnos á conocer la mujer que cinco veces venció á Píndaro. ¡Qué dolor no haber podido asistir á este desafío lírico del genio de un hombre y el genio de una mujer! Estas contrariedades pasajeras no impidieron que Píndaro viviese cubierto de gloria. Sacerdote, magistrado, rey por la poesia, distribuyó la celebridad á los hombres, salvando sus nombres del olvido. La victoria sin un canto de Píndaro hubiera sido oscura é ignorada: sus versos hacían desaparecer las estatuas, y la multitud se agolpaba á depositar el oro á sus pies, porque prodigase una sola palabra de estas que immortalizan á los hombres. Píndaro estuvo en Sicilia muchas veces; en Agrigento y Siracusa le colmaron de honores, teniendo que adular al saber hasta los mismos reyes.

Quando en Delfos se ofrecían sacrificios



Muestra de las láminas de Veinte años después.

(1) Herodoto. Terpsichore, chap. 105.

á Apolo, el sacerdote llamaba á Píndaro en voz alta para que se acercase á tomar su porcion de la victima y del convite sagrado: ¡honor distinguido! ¡concederle un asiento en la mesa de los dioses! En su ancianidad se atrajo el respeto de toda la Grecia, en términos que segun la tradicion murió en la escena espirando majestuosamente sobre las rodillas de su discípulo, el jóven Theogenes, á quien amaba con la mayor ternura. Los lacedemonios respetaron su casa, cuando muerto ya, entraron en Tebas. Alejandro imitó tan noble ejemplo; pero el desgraciado tuvo que consolarse con estas señales del dolor que le causaba la falta de Píndaro.

El catálogo de sus obras que Suidas nos ha conservado, prueban tambien la fecundidad de su ingenio. Estas se componian de cantos olímpicos, pitónicos, nemeos é isthúnicos. Tambien tenia escritos prosódicos partenianos, eutronismos, báquicos, daphnophósicos, en honor de los dioses; himnos, dytímbos, scolios, encomios, trenos, dramas trágicos, epigramas heróicos, y otros muchos que fuera largo referir. Pero de tanta produccion nos quedan solos cuarenta y cinco cantos de victoria destinados á celebrar los triunfos conseguidos en los juegos solemnes de la Grecia, á los que podrán agregarse algunos fragmentos esparcidos en las obras de los autores antiguos, y que Juan Godofredo Schneider reunió y dió á luz en Estrasburgo en 1776.

Como nuestro intento ahora no es hacer las veces de filólogo, remitimos á los que deseen empaparse en el texto de Píndaro á la excelente edicion publicada por Fleine; y aunque de paso, citaremos á un francés que ha desplegado vasta erudicion en el estudio de sus obras. Juan Benito es este, médico en Saumur y profesor de griego en el liceo de esta ciudad. En 1620 dió una edicion de Píndaro, que ha servido mucho á Fleine para la suya; colocó en ella el texto entre una paráfrasis y una traduccion latina, y la acompañó con notas curiosas, en que al solventar las dificultades cita con profusion la autoridad de escoliastas, poetas y escritores de la antigüedad. Esta edicion sin embargo no ha adquirido toda la celebridad que merecia, y sin parcialidad puede afirmarse que sin ella es un imposible entender á Píndaro.

Los catorce cantos olímpicos se compusieron en honor de Flieron, Theron de Agrigento, Psaumis de Camarina, Agesias de Siracusa, Diágoras de Rodas, del jóven Alcimedon, Efarmotelo de Opunto, Agesidamo, Ergotelo de Grosa, Xenofon de Corinto y Asoptico de Orcomene. El poeta en algunas ocasiones celebra dos ó tres veces á un mismo vencedor.

En honor de Fleieron compuso tres piticos, dos en el de Arcesilas de Cirene, Jenocrates de Agrigento, el ateniense Megacles, Aristocliedes Timasargo, Pythias, Alcidas, Hipocles de Tesalia, el tebano Trasideo y Midas de Agrigento son los héroes de los demás piticos.

En los nemeos celebra el poeta á Cromio el etneo, Timodeno el ateniense, Aristocliedes Timasargo, Pythias, Alcidas, Sogene y Dinia de Egina, Tíeo, hijo de Uliás, Aristágoras y Pritaneo de Tenedos. Cleandro, Meliseo, Sterpsiade y Herodoto, tebanos; Xenocrates, agrigentino, Filacidas y Cleandro, egeinos, son los protagonistas de los isthíneos.

Toda la Grecia se pone en movimiento en estos poemas, dioses, legisladores, héroes, ciudades ilustres, lugares famosos, máximas de la sabiduría, culto, tradiciones divinas; fábulas, alegorías, ritos religiosos, supersticiones nacionales, todo, todo contribuye á formar los laureles del poeta. Parece que se complace en estraviar al atleta que celebra en la historia misma de su patria, para hacerle correr mil aventuras y conducirlo por mil rodeos en que va desentrañando las glorias helénicas, para no volverle á encontrar sino en medio de los recuerdos heróicos de la Grecia. Tiempo es ya de dar á conocer con mas detencion las bellezas y mérito de este autor singular. Sus heróicos cantos han disipado en muchas ocasiones los disgustos y tristezas que oprimen al alma; y esta es una razon poderosa para hacer sentir todo su entusiasmo poniendo al alcance de todos tan brillante poesía.

La Grecia habia llegado al período en que debia comenzar á sentir su unidad, á llenarse de gloria, á regocijarse por ella. Los atenienses antes de sus guerras con los persas desplegaron toda la energia de su poder para conservar intacta la amphictiponia de Delfos, centro sagrado y necesario de la confederacion helénica. Los habitantes de Crisico saquearon el templo de Apolo, y llegó á tal su rapacidad, que nadie por temor de ella se atrevia á aproximarse á la isla. En consecuencia Solon, que nada podia sufrir que atentase á la ciudad, resolvió destruirla y consagrar á Apolo todo el territorio que se estiende hasta el golfo de Corinto. En medio de estas circunstancias felices apareció en la Beocia el poeta que mas debia concurrir á conservar la armonia patriótica de las naciones de la Hieladia. La Beocia está situada entre Esparta y Atenas, separada del Atica por el monte Citheron, y colocada como una region intermedia que apagasé las diferencias hostiles que devoraban á las ciudades de Licurgo y Teseo. La aristocrácia espartana y la democrácia de Atenas formaban el gobierno tebano, algo propenso siempre á la política dórica.

Siguiendo una conducta análoga, Píndaro es dórico en sus inspiraciones y simpatías; pero en sus versos es el cantor y el hombre de toda la Grecia, es un poeta que ha concebido la grandeza y estension de su ministerio. A medida que en sus poesías se designa la patria del vencedor en cuyo elogio habla, une la celebridad de ambos y refiere con una imparcialidad que encanta, el origen ilustre de uno y otro: Rodas, Egina, Opunto, Locres, Corinto, Atenas, Cirene, Lacedemonia, Tebas y Argos, se colocan juntas en sus panegíricos, componiendo con este arte que el



Las tres reinas.

estudio de su poesía sea indispensable para el conocimiento exacto de la Grecia.

Sin la sétima Olímpica nos seria desconocido el origen de Rodas; sin la trece el de Corinto. Admira muchas veces en sus elogios á los atenienses, no temiendo exclamar en la Pítica sétima: «El frontispicio mas bello que yo podré dar al canto en que he de celebrar á Alemeon, su genealogia y triunfos, es el nombre de la grande Atenas. Porque ¿qué nombre mas ilustre que el de Alemeon en toda Grecia? ¿Qué patria mas distinguida

que Atenas?» No menos precioso es el elogio que hace de Tebas. El que escribe recibe un placer en celebrar y cubrir de gloria su patria, y al soltar la pluma después de empleada en este uso, está como mas contento y satisfecho de sí mismo. Píndaro da principio con estas palabras á su primer Osthmico: «¡Oh madre mia! ¡Oh Tebas guerrera! Tu nombre y tu gloria serán siempre el norte de mis pensamientos.» Y al comenzar el Osthmico sétimo, rompe tambien con un sublime elogio de Tebas. En él alaba á su patria por haber sido la cuna de Baco, por haber dado un asilo á Júpiter cuando vino á depositar en el seno de la mujer de Anfitron el embrión de Hércules, por haber producido al divino Tiresias y haber fundado en Lacedemonia una colonia dórica. Este modo laudable de escribir ha tenido el importante resultado de que la Grecia se encuentre con una historia instructiva en los poemas compuestos para su recreo.

La religion ha debido á su pluma la inmortalidad de sus tradiciones y leyendas, y bajo este aspecto, las odas de Píndaro son un libro religioso, una mitología entusiasta y fervorosa, en que las antiguas creencias parece que recobran toda la lozanía de la juventud. En sus cantos se hallan las profecías y amores de Apolo, los trabajos de Hércules, Glauco domando al Pegaso, Irion abrazando una nube en lugar de Juno, el nacimiento y educacion de Esculapio, Jason y los argonautas, las hazañas de Perseo, Orestes, Clitemnestra, el elogio y la historia de Peleo, Aquiles y los Oeacidas, los furores de Ajax y Belerofonte, castigado por haber intentado escalar el palacio de los dioses. No puede darse una cosa mas dulce ni mas noble que la relacion contenida en la Nemea X, de la amistad y destino de Cástor y Pólux. El poeta cuenta cómo Júpiter puso en manos de Pólux la suerte de su hermano que iba á espirar. «Tú eres mi hijo, le dice, pero tu hermano ha recibido de un mortal la vida. A pesar de una diferencia tan enorme, voy á darte á escoger: si quieres sentarte en el Olimpo al lado de Minerva y Marte, libre de la debilidad humana y de la muerte, ó si quieres partir tu suerte con tu hermano; pero en este caso pasarás la mitad de tu vida en las regiones subterráneas; después la otra mitad la disfrutaréis juntos en los alcázares celestiales,» dijo, y Pólux, sin vacilar ni un instante, le contesta: «escojo lo último,» y vuelve á la vida á su hermano.

Las obras todas de Píndaro estan llenas de expresiones que manifiestan su respeto á los dioses. Todo lo bueno viene de la naturaleza. Fiándose muchos hombres en las virtudes que con su trabajo han adquirido, se precipitan en un abismo por conseguir la gloria. Pero es indudable que todo lo que se hace sin Dios puede sin injusticia condenarse á un profundo olvido (1). Dios lo gobierna todo conforme á su pensamiento. Detiene el vuelo impetuoso del águila en los aires, é interrumpe en los mares el curso de los delfines. Abate la fiera del orgulloso, y concede á otros una gloria inmarcesible (2). ¡Oh alma mia! siempre desea la vida de los inmortales (3). La grande inteligencia de Júpiter dirige los destinos de los hombres á quienes ama (4).

Píndaro poseia el talento de encubrir bajo la corteza de las alegorías y culto popular la religion sublime y profunda que es el lazo que une á Dios y los hombres, el pensamiento comun y el secreto de las grandes inteligencias y de las almas sublimes en todas las naciones y en todos los siglos. Si tuviésemos una noticia exacta de su educacion y de su vida, encontraríamos en ella rasgos de la teosofia sacerdotal. Sirvan de muestra estas palabras que en presencia de toda la Grecia tuvo el valor de pronunciar en la primera estrofa de Nemea sétima.

Los dioses y los hombres tienen una misma naturaleza: hombres y dioses hemos recibido la vida de la misma madre: la única diferencia que hay consiste en el poder: el hombre es nada mientras los cielos son indestructibles. Sin embargo, la inteligencia y la virtud le asemejan á los dioses, aunque siempre ignorará el dia y la hora en que ha de concluir su vida.

¿Se ha manifestado jamás con una energía mas lucida ni mas conocida el dogma filosófico de la identidad de la naturaleza humana y la divina? El panteísmo ideal, eterna inspiracion de pensamientos y religiones de la humanidad, se encuentra á cada paso contenido en los versos de Píndaro, cual si fuesen el depósito sagrado que debia custodiarlo.

En todas las obras de Píndaro se descubre una predileccion especial por las castas antiguas y por la aristocrácia. Las cortes de Siracusa y Agrigento formaban todas sus delicias, porque en ellas veia reyes que le representaban á los antiguos héroes disfrutando una vida afortunada y gloriosa en medio de los festines y cánticos de los poetas. Para Píndaro no habia un espectáculo mas hermoso que una noble alcurnia, adornada de virtudes personales. Por eso celebra á Alcidas de Eguia, comparándolo con una buena tierra que de cuando en cuando producía héroes (5). Por todas partes aparecen en sus odas los dias heróicos de la Grecia, y su sombra cubre los atletas victoriosos que celebra. De aquí puede conocerse que el gobierno aristocrático seria el mejor á sus ojos, por la semejanza que tiene con las monarquías. En todo estado, dice en la segunda Pítica, se distingue el hombre que usa de la palabra de una manera virtuosa, ya sea dominado por reyes, ya por el pueblo, ya por los sabios. Pero es necesario no disputar contra Dios que ensalza ó abate los hombres á su placer. La democrácia no era para Píndaro mas que una brillante novedad; no la despreciaba, pero tampoco le entusiasmaba hasta el punto que la grandeza pasada.

En lo que del poeta queda no hay un grito de



Las tres reinas.

(1) Olímpica 1.ª, estrofa antepenúltima. (2) Pítica 2.ª, estrofa sétima. (3) Pítica 5.ª, estrofa nona. (4) Pítica 5.ª, estrofa última. (5) Nemea 6.ª

triunfo digno de las victorias de Grecia. Hé aquí todo lo que después de Salamina dice: «libres hoy de grandes calamidades, no privemos de coronas á los que las merecen, ni caigamos en inútiles sentimientos. Pero puesto que han tocado su fin nuestros males, permitamos después de tanto amargor alguna dulzura á nuestros cantos. Un Dios ha separado de nuestras cabezas esta roca de Tántalo, pesó insoporable para la Grecia. El terror se desvanece, y nuestros suspiros violentos se disipan. Siempre es mejor lo que ha de venir. El tiempo falaz está suspenso sobre la cabeza de los hombres, y consume su vida lentamente. Pero todos los males, aun los que hemos sufrido, se curan con la libertad: nunca pues debe el hombre perder la esperanza (1). Menester es confesar que estos versos no igualan á las glorias que Píndaro presenciaba, que les falta fuego y entusiasmo. ¿Y en qué consistirá esta desconfianza del porvenir y de la libertad que le animaba? Los atenienses merecían acentos mas vigorosos. Podría decirse sin violencia, que no un griego, sino un persa producía estos ecos.

Está conocido que Píndaro abrigaba una inclinación oriental por todo lo real, teocrático y opulento; gustaba de las riquezas, del brillo, de la magnificencia y de los goces que con ellos se proporcionan: tampoco él lo disimula, y pueden citarse en prueba estas palabras con que da principio al 2.º Isthmico: los hombres de los antiguos días montaban el carro de las musas de los cabellos de oro, y caminaban al son de ilustre lira cantando por conquistar el voto de sus amigos, cuya hermosa adolescencia principiaba á recibir de Venus la señal de los combates amorosos. La musa entonces nada deseaba, no era mercenaria. La dulzura brillante de los cantos de Terpsicore y la suavidad de sus acentos no se vendían entonces. Pero ahora la musa nos permite observar la máxima verdadera del Arguro, Oro, Oro, hé aquí el hombre. El que hablaba de este modo había perdido sus riquezas y sus amigos; no por esto se infiera que Píndaro quería separar la opulencia de los honores y de la gloria. En otro lugar dice que el que acrecienta su opulencia sin el crimen, y satisface su prosperidad, reuniendo al bienestar la gloria, este tal no debe sentir no ser un Dios (2). Y en otra parte: la primera de las recompensas es ser dichoso: ser ilustre la segunda: el que reúne las dos ha logrado la mejor de las coronas (3). Los cantos de Píndaro se distinguen por una elevación llena de esplendor de las virtudes y cualidades de la naturaleza humana; la fuerza y la belleza encuentran numerosos elogios, y constantemente invita al hombre á gozar de la felicidad y de la gloria: nunca en él se halla abatimiento, nunca inútil postración: la gran voz del poeta parece que nos llama á través de los siglos, y que nos anima á la lucha y el triunfo, cual la trompeta sonora que rompía el aire en los juegos olímpicos.

La misma exaltación conduce á veces á Píndaro al orgullo. Se le ve penetrado de su poder y de su divinidad: y en verdad que ninguno tuvo mejores títulos que él para llamarse ahijado de Apolo. Cuando los vencedores le rogaban los celebrase con sus cánticos, condescendía como de gracia, y la fecundidad era tan inagotable, que después de unos largos poemas solía exclamar: aun queda mucho por decir: otras veces decía que era muy digno de coger el premio de sus trabajos (4). En otro canto se compara á un padre de familia que reparte con abundancia el vino á sus hijos, lo mismo que él concedía á los atletas vencedores el néctar delicioso de las musas: No es muy difícil verle jurar en medio de un poema que dice la verdad, en lo que daba á entender que se consideraba como un árbitro soberano que tenía el deber de distribuir la gloria y su fama á los hombres con justa imparcialidad (5). Como sabía que sus versos sobrevivían á furor de los vientos y las tempestades, no temía poner un precio subido.

Los amigos de Piteas de Egina, vencedor en los juegos nemeos, trataron de consignar la memoria por medio de una estatua, creyendo que Píndaro les pedía demasiado por sus versos: abandonaron después su propósito, y volvieron á él implorando una oda. El poeta condescendió, y comenzó su himno de este modo (6): «Yo no soy escultor que construyo simulacros inmóviles, hijos siempre en el mismo punto; mi musa vuela y marcha de un lugar á otro. Ve pues, musa mía, á Egina y anuncia con tus armoniosos cantos que Piteas, hijo de Lampon, ha merecido el premio en los juegos nemeos.» De este modo desahogó su venganza, limitándose á eso solo, sin que por ello deba creerse que despreciaba el arte de Policete. Pues no hay cosa mas hermosa que un verso bello junto á una bella estatua; Píndaro y Fidias son igualmente apreciados.

Profundicemos mas el ingenio del célebre tebano. Si es una verdad que la poesía y la música deben ir de concierto para expresar la armonía, nunca se ha realizado esto de un modo mas dulce y sentimental que en Píndaro. Sus odas eran cantadas por coros de jóvenes y doncellas, que no sin alguna verosimilitud se ha supuesto que discurren de un punto á otro. No podremos salir garantés de esto; pero lo que sí es indudable es que sus versos se cantaban prestándose admirablemente á la armonía su versificación, que suspirada en dialecto dórico estaba llena de música. La cuahdad que principalmente distingue á Píndaro, es una gravedad sublime que sostiene todos sus cantos y les impime un sello religioso, una autoridad divina. Júpiter, dice en un lugar, las grandes virtudes con que se señalan los mortales, proceden de tí (7). El poeta, consiguiente á este pensamiento, ponía siempre sus cantos y sus versos bajo la tutela de los dioses. También abunda en máximas breves y sentenciosas que graban la virtud en la memoria de los hombres (8). Lo que es dulce contra la razón, amarga al fin, dice después de referir la audacia de Belerofonte: y en otra parte, mejor es la envidia que la piedad: no deñemos nunca las cosas grandes (9). En la Pítica cuarta, implorando la gracia de Depoufile para Asulas, le dice: «El inmortal Júpiter sabe abatir á los Titanes; es preciso cambiar de velas cuando se mudan los vientos.» En otro canto se espresa con esta incomparable majestad: «El que en su camino acaba de hallar prosperidad, concibe en medio de su esplendor el deseo de remon-

tarse: ilusiones se le presentan que esceden á todo el bien que ha adquirido. Pero la gloria de los mortales es muy fugaz y se desmorona por sí misma; un pensamiento triste baja á eclipsarla. El hombre no brilla mas que por un momento. ¿Quién es él? se pregunta; y cuando se contesta ya es forzoso decir: nada. La felicidad humana es la aparición de una sombra (1).» De este modo sabia Píndaro dar lecciones de moral austera en medio de los goces orgullosos de la juventud.

¿Cuántas cosas tenía que encerrar Píndaro en un corto espacio! Por eso eran las dotes peculiares de su estilo la concisión y la elipsis. «Las grandes virtudes merecen grandes discursos; pero á los sabios agrada decir mucho con pocas palabras. Cuando mas, la ocasión debe decidir al artista.» Así hablaba en la Pítica 9.ª; pero su fuerte es el laconismo. Vésele reunir en un mismo espacio á los dioses, los héroes, sus aventuras, sentencias, siglos antiguos, triunfos presentes, origen de naciones y ciudades, y las inspiraciones de las musas. Hay momentos en que quiere instruir, agrandar, enseñar, conmover, todo á un mismo tiempo, y entonces no hace mas que dar grandes pinceladas, pintar rasgos sublimes, omitiendo pormenores intermedios: pasa de una altura á otra sin descender á la llanura, cual Apolo saltaba veloz de cima en cima, el cárcax sobre la espalda, sin detenerse en su veloz carrera. También tiene un tacto singular para escoger la idea y el término que le viene á propósito. Es elíptico con una delicadeza inimitable, sin que jamás se engañe en la imagen ni en la idea que debe sacrificar para hacer resaltar otra. Modo de escribir sublime, y que pide un valor extraordinario, porque comunmente se le desprecia; ¿pero el artista deberá llamarse tal si no se satisface á sí mismo antes que á nadie?

Se han formado extrañas opiniones sobre el carácter de nuestro poeta; unos le han pintado como un maniático que tenía descompuesto el cerebro, y sin razon divagaba con inútiles apóstrofes y exclamaciones. Dicen que principiaba una oda sin saber cómo concluirla, y que si encontraba lo sublime era por casualidad, siempre de un modo desigual y violento.

Esta imagen de Píndaro es falsa y miserable. El poeta tebano es el mas grave y tranquilo de los hombres; se modera á sí mismo; está siempre noble, sí, y nunca se exalta sin razon. Se pregunta, se entusiasma cuando viene al caso, y siempre está pacífico cuando manda á su genio, cual el conductor que dirige los caballos fogosos de un carro. El apóstrofe no es un signo de desorden.

Al formar nuestro juicio es menester tener presente, que cuando la tragedia comenzaba á florecer con Eschiles, la poesía lírica tocaba á su perfección en Píndaro. Un siglo hacia que Alceo había brillado. Stersichore cantó sus versos cincuenta años antes que el rival de Corina; de suerte que por una ley muy fácil de comprender, la oda tocaba en su apogeo al mismo tiempo que rayaba la aurora de la libertad democrática y filosófica.

Esta reflexión manifiesta mejor el arte y habilidad con que formaba todos sus conatos, la prevision y cálculo que reina en ellos. Examinando sus himnos se descubre una industria constante que ni yerra ni se fatiga; su método es tan igual como su inspiración, y en todas partes el estudio cultiva y modela al entusiasmo. Entre las cosas humanas supo escoger las mas bellas y profundas. Una educación pulida y sagrada le inició en la armonía de las musas por medio de los conocimientos de la antigüedad. Los reyes de Sicilia y los pueblos de la Grecia le colmaron de honores. La grandeza de lo pasado y la belleza de la nueva libertad se ofrecieron unidas á su vista; estudiaba los héroes antiguos, veía los modernos. Su vida toda fué un tejido de felicidad y ventura. Oído con respeto, casi siempre triunfante, su nombre confundido con los placeres y el orgullo de un gran pueblo, fué la gloria de su siglo, que también le llenó de gloria.

La poesía lírica es la forma mas sublime de la inspiración. Parece que el hombre sostiene un comercio mas libre con la inteligencia suprema de las cosas, en el curso y metro de la oda. No hay obstáculo, no hay intermedio entre él y la divinidad: el poeta recibe el dardo de los rayos celestiales con un voluptuoso dolor, y en seguida toma la lira y canta para hacer sentir el inmortal aguijón á los demás hombres.

El poeta lírico, amparado por la divinidad, es el mas libre de los hombres, pues nada hay que pueda sujetarle. Dios le inspira, los hombres le adoran. Nadie hay capaz de circunscribir su vuelo, ni templar la acritud abrasadora de sus acentos.

En la epopeya, el hombre escucha gustoso su historia; pero conserva el derecho de juzgarla, y en medio de los encantos de las aventuras maravillosas que le han arrebatado, siente la facultad de criticar lo mismo que le seduce.

En el drama la crítica va siempre unida á la emoción; el espectador refleja sobre sí mismo para ver si es exacta la pintura que se le hace; porque el drama que tiene á la vista es la representación de su propia vida, y para juzgar si está bien desempeñada entra dentro de sí mismo, pregunta á su alma, á su dolor, á su alegría, á su fuerza, á sus vicios y á su grandeza.

Pero en la poesía lírica el poeta que canta está de pié, y todo el mundo le escucha de rodillas. La oda es una conversación entre Dios y el hombre: no pueden tener parte en ella los mortales; el poeta exhala sus acentos, porque si no moriría. La humanidad comprende, si puede, las palabras que sobre ella ruedan, ó las idolatra, ó las desprecia, pero nunca las juzga.

La poesía lírica es una revelación de Dios, que al principio del mundo se confunde con la religión, y luego que las sociedades llegan á estado de madurez, se une con lo mas sublime y profundo que tiene la filosofía. Moisés compuso odas; también Goethe.

Hay personas muy estimables que dicen que la poesía muere, y esto consiste en que ellos no son poetas. La poesía no perece, porque está tan immortalizada, que en la ruina misma de sus antiguas formas reside concentrado un poder que encierra el porvenir. Lo pasado perece, no hay duda, pero el mundo no. Pasan las cosas antiguas, y en vano querían, como Lezabel, pintarse el rostro y adornarse.

Para reparar ultraje irreparable.

Seria trabajo perdido. Ellos mueren, mueren irremisiblemente; pero vivimos nosotros, y vivimos con el derecho y la

(1) 5.ª Pítica 8.ª

vida de nuestro siglo. ¿No sería una impiedad decir que Dios buscaba la libertad y felicidad del mundo en nuevos esfuerzos y por nuevos caminos?

Ni la poesía, ni la filosofía, ni la libertad mueren. Para convencerse de esta verdad, para conocer el vigor y la eternidad de las cadenas con que se las intenta sujetar. No desmayemos, ni demos á los adversarios del progreso social el grito con que *rituri te salutant*. Vivamos, alimentémonos con la ciencia y la poesía, repitiendo al mismo tiempo estas palabras de Píndaro: «Una misma es la naturaleza de los dioses y de los hombres: dioses y hombres recibieron la vida de una misma mano. Toda la diferencia consiste en el poder. El hombre es nada, mientras el cielo es indestructible. Pero la inteligencia y la virtud le asemejan á los dioses.»

E. LERMINIER.

EL PROBLEMA.

Corría la primavera del año de 1585, cuando Roma lloraba la muerte de Gregorio XIII, del famoso que reformó el calendario juliano, y de quien con tanto elogio habla el célebre traductor de una obra de nuestro Guevara.

Para los descendientes afeminados del pueblo-rey, la administración del bondadoso Gregorio XIII recordaba un gobierno agradable.

Habiase reunido el cónclave, y su elección recayó, como ya se sabe, en el pretendiente que menos se esperaba, en el famoso Peretti, cardenal Montalto.

Parece, con efecto, que intervino seguramente el Espíritu Santo en una elección maravillosa que destinaba al nuevo papa, elevándole desde pobre porque hasta la silla de San Pedro, al destino del famoso Hildebrando, cuyo genio y alta-nera política iba á revivir.

Sábese también cual fué la sorpresa de los cardenales que le habían nombrado, y su admiración al encontrar en el débil y gotoso viejo que apenas creían poseedor de un soplo de vida, un señor sano y vigoroso, y absoluto como un príncipe del Oriente.

Este papa era Sixto V.

Apenas concluidas las ceremonias de su instalación, ocupóse con infatigable actividad de la reforma de abusos innumerables, que se habían multiplicado por el débil y torpe gobierno de su antecesor. Menester era para esto toda su vigilante inflexibilidad. Plagada estaba Roma de bandidos, que cada día se multiplicaban: las leyes eran nulas para ellos, sostenidos como estaban por la nobleza, cómplice las mas veces de sus crímenes.

Este estado de cosas era incompatible con un soberano como Sixto. Armóse de inexorable severidad y castigó el crimen, sin miramiento por la clase ni el crédito del criminal. Varios ejemplares de represión le mostraron como el azote de los mahechores, y volvieron la tranquilidad á un pueblo en donde escandalosa é impunemente se cometían el robo y el asesinato.

Trabajaba una noche el papa en su cuarto, y junto á él estaba su mayordomo, ó mas bien su amigo, cuando de repente oyóse un ruido. Se escucharon voces y ruido de armas, y entró un *monsignore* todo espantado, gritando:

«Santo Padre, el conde Ranuccio Salembini, viniendo con el embajador de Ferrara á palacio, ha encontrado en la galería al arquitecto Fontana: empeñada disputa se ha movido entre ellos: han sacado las espadas; pero los soldados de guardia han cortado el lance.

—¿Es posible, gritó el encolerizado Sixto, es posible que reinando yo se manche el palacio pontifical con duelos y asesinatos? Yo castigaré los culpables que entren.»

Ranuccio y Fontana entraron con un oficial. Fontana traía el brazo suspendido.

«Quién profaná mi palacio, dijo el papa, merece la muerte... ¿Qué ha motivado vuestra disputa? Hablad, Ranuccio.

—Cruzaba por la galería, dijo el conde con indiferencia, cuando este miserable se arrojó sobre mí cargándome de injurias por una pequeñez, y me ha obligado á echar mano en propia defensa.

—¿Por una pequeñez!... exclamó el joven arquitecto que ya no podía contener su indignación; ¿conque el rapto y el asesinato, señor conde, son una pequeñez?...

—Continuad, amigo Fontana, continuad, repuso el Santo Padre con una calma aparente y que le costaba la mayor violencia salir.

—Señor, dijo el arquitecto, ayer tarde paseaba con mi novia junto á la pirámide de Cestio, cuando se arrojaron sobre mí tres desconocidos que intentaron robármela; defendíme como hubiera hecho cualquier hombre de honor; pero tuve la desgracia de recibir una estocada en el brazo. Al ruido se agolpó gente y prendieron á uno de mis agresores. Este era el criado del conde Ranuccio. He venido hoy por la mañana á pedir justicia, y me he encontrado con el mismo conde que me ha echado una mirada irónica. Sabéis todo lo demás.

—Morireis, conde, exclamó el arrebatado pontífice; habeis ultrajado indignamente la moral pública, y morireis sin remedio. Conde Salembini, recibiréis el castigo merecido; estais preso, retiraos...»

Retiróse en efecto el conde con aire humilde y acompañado de dos cardenales. Fontana esperaba entre tanto la resolución del Pontífice con un semblante respetuoso pero firme. Hubo un momento de silencio, y el Papa le dijo: «Habeis ofendido mi dignidad, y no puedo perdonaros sino bajo una condición. Haced en vuestro arte una obra capaz de hacer olvidar vuestro delito y de immortalizaros, y sois libre en el instante...»

Inflamado del mas vivo entusiasmo el joven artista, exclamó: «¿Qué queréis que haga, Santísimo Padre? Mandad: yo me siento dispuesto á emprenderlo todo.»

—Atrevido sois, joven, replicó el papa. ¿Conoceis el obelisco que decoraba el circo de Nerón?

—¿Pues no he de conocerlo? No hace mucho que estaba enterrado entre los escorbos; yo lo he hecho descubrir para mirarlo, y pesa diez mil quintales lo menos.

- (1) Isthmico 8, 1.ª y 2.ª estrofa.
- (2) Olímpica 5.ª, estrofa 5.ª
- (3) Pítica 1.ª, estrofa última.
- (4) Olímpica 2.ª
- (5) Olímpica 6.ª
- (6) Nemea 5.ª, estrofa 1.ª
- (7) 6.º isthmico, estrofa 1.ª
- (8) 2.º isthmico, estrofa última.
- (9) 2.º isthmico, estrofa última.

—¿Y os parece posible restaurarlo y trasladarlo á otro puesto?

El joven se detuvo un instante, y en seguida respondió: Puede ser que sí.

—Pues bien, replicó el Sumo Pontífice, id con Dios, y tomad vuestras medidas: levantad el obelisco, y luego trasladadlo á la gran plaza del Vaticano para colocarlo sobre un pedestal de veinticuatro pies de altura. Si salís bien de esta empresa, os ofrezco el perdón y la inmortalidad: si no podeis llevarla á cabo, sois perdido.

—¿Y me proporcionareis, señor, los medios de ejecutar mi proyecto?

—Tendréis, dijo el Papa, cuanto necesiteis.

Arrodillóse el arquitecto y exclamó con entusiasmo: ¡O pereceré ó levantaré el obelisco! Os he entendido, Santísimo Padre, no podeis perdonarme sin atentar contra vuestra dignidad, y me castigais de una manera digna de vuestra generosidad, y que confío hará mi nombre inmortal. Padre mio, dadme vuestra bendición.

—A su tiempo os la concederé, respondió Sixto; id con Dios entre tanto, y haced vuestros preparativos. Y su espíritu se hallaba profundamente agitado, pero disimulaba su emoción.

Fontana inclinó la cabeza, besó el pié al sucesor de San Pedro, y se retiró silenciosamente.

Pocos días habían transcurrido, y el circo de Neron había mudado totalmente de aspecto. Mil obreros se cruzaban en todas direcciones: el obelisco ocupaba el mismo lugar, pero rodeado de argollas de hierro que aumentaban su peso en 40,000 libras: el camino que va á la plaza de San Pedro estaba lleno de gruesos rodillos, y los preparativos todos eran tan gigantescos, que los romanos desconfiaban del éxito, á pesar de la habilidad conocida de Fontana.

Las andamiadas construidas en todas direcciones, le hacían parecer un bosque inculco. Por todas partes se encontraban niveles, cabrestantes, tornos, carros, maderas, cuerdas, maromas y cadenas. En medio de este tumulto se apercibía un hombre, que solo y con un lapicero y una cartera en la mano se paseaba silencioso por medio de aquella bulla, y parecía dominar todo aquel aparato. Este hombre era Fontana.

Ya estaba cerca el día en que debía trasportarse el obelisco: 800 hombres y 70 caballos se necesitaban para colocarle en su sitio.

Llegó por fin el día prefijado; desde el amanecer se vieron llenas de gentes las ventanas y terrados que circunda la plaza. En la andamiada que se preparó á la nobleza, cabían solo 300 personas. Ya estaba todo dispuesto, los caballos enjaezados, los cables tensos y tirantes, y solo se esperaba la señal para ponerlo todo en movimiento.

Reinaba en la multitud un silencio mortal. Sus miradas se dirigían con tristeza hácia un ángulo de la plaza donde se había colocado el cadalso: hallábase el verdugo de pié, teniendo en la mano una relumbrante cuchilla.

El alguacil mayor intimó á todos que se guardase un profundo silencio, apenas se oyera la campana del Capitolio.

A Sixto le agradaban no poco los espectáculos de esta especie. No hacía mucho que había mandado ahorcar durante su comida y enfrente de la ventana, á un caballero español que había dado un garrótazo á un suizo, levantándose de la mesa despues con alborozo, diciendo: «que en su vida había tenido mas apetito.»

Hacia ya dos horas que estaba Fontana en el Vaticano para recibir la bendición del Papa; acercóse por último con firmeza á la balastrada que caía á la plaza, vestido de negro y llevando una bandera encarnada. En su fisonomía, aunque pálida, estaban pintadas la calma y la resignación... Agitó su bandera al mirar el obelisco, y al instante se oyó el eco grave y sonoro de la campana mayor; arrodillóse el pueblo, manteniéndose despues en un profundo recogimiento.

Entonces rompió por medio de la turba una joven cuyas tristes é inquietas miradas se encontraron con las de Fontana, quien hizo un gesto para consolarla. ¡Era su querida, su novia, la hermosa Antonia!...

Hizo el arquitecto otra señal con la bandera. Resonó en los aires una campanada, y á aquella imponente escena sucedió otra inmediatamente. Obreros, caballos y máquinas, todos se bambolearon y conmovieron. Quedóse todo en silencio tranquilo á la segunda campanada. Ya estaba levantado algunos pies el obelisco; miróle atento el arquitecto, y lanzóse á las escaleras para cerciorarse de la firmeza de los cables y de las poleas, bajando despues con un semblante satisfecho.

Antonia le miraba suspirando, y se echó el velo para ocultar su emoción.

Todo iba bien... Meneó otra vez Fontana su bandera; vibró de nuevo el sonido de la campana, y todos pusieron como antes manos á la obra, hasta que el obelisco se enderezó mas. Sucedióse sin interrupción cuarenta veces las mismas señales; el obelisco estaba casi enteramente derecho; pero faltaba sentarle sobre el pedestal. Volvió á manifestarse la ansiedad entre los espectadores; pero ¡cuál fué su alegría, cuando vencido este obstáculo, levantóse majestuosamente de la tierra el obelisco sin ningun accidente!

Cincuenta eran las veces que había sonado la campana, y la enorme masa había ya llegado al borde del pedestal; pero faltaba levantarla y mantenerla suspenda en el aire, haciéndola bajar despues perpendicularmente...

Oyóse otra vez la campana, y el coloso se mantuvo colgado en los aires á mas de veinte pies de altura.

Aventuróse Antonia á echar á su amigo una mirada, y su alegría fué estrema al ver retratada en su rostro la esperanza; pero cuando empezaba ya á saborear las mas deliciosas ilusiones, le acometió repentinamente una mortal agonia... Había visto perder el color á su amante y caerse la bandera de sus trémulas manos.

Se echó en sus brazos fuera de sí, anegados los ojos en llanto. Esta tierna escena hizo una dolorosa impresion sobre los espectadores, sin que hubiera uno que en el fondo de su corazón dejase de maldecir la cruel inflexibilidad de Sixto.

Un carpintero viejo que se hallaba al lado del arquitecto, le dijo al oído:

Maestro, ya sé lo que es esto; las cuerdas se pasan y teméis que se rompan, y todo se eche á perder. Escuchad:

detrás de la catedral os está esperando un caballo... Huid; salvaos.

—No, respondió conmovido Fontana; he dado mi palabra, y la cumpliré. Me quedaré para morir.

Pero ¡cómo pintar la desesperación de Antonia! Su amante estaba á su lado pálido y desencajado, temblándole las piernas, y enfrente estaba el terrible funcionario que debía dar fin á su horrible situación. Desmayada, fuera de sí, y no sabiendo cómo reanimar las debilitadas fuerzas de su amigo, exclamó casi maquinalmente: «¡agua, agua!»

Al momento una inspiración repentina y una fuerza milagrosa volvieron al arquitecto toda su energía, levantó la cabeza, y gritó con una voz de trueno...

«¡Agua, traed agua, refrescad las cuerdas!» Antonia y el carpintero se quedaron inmóviles de sorpresa. Diéronse prisa á ejecutar esta orden; trajéronse toneles de agua, y arrojándose los obreros sobre las escaleras con cántaros en la mano, refrescaron el cordelaje. Fontana había cobrado ánimo; á todas partes acudía dando sus órdenes con aquella calma y presencia de espíritu que en una crisis muestran los espíritus superiores. Otra vez agitó la bandera mirando á su hermosa novia; empezó de nuevo el sonido de la campana, y á poco tiempo bajó majestuosamente el obelisco sobre su pedestal.

El arquitecto se quedó un momento atolondrado y sin poder decir una sola palabra.

Quedó estasiada Antonia de placer, y cayó sobre sus rodillas levantando los ojos al cielo...

Trémulo de emoción el viejo artesano, cogió la bandera y la ató á una cuerda. Poco despues ya fluctuaba una bandera encarnada parecida á un meteoro de luz sobre la cima del obelisco. La campana de la Basílica unia al mismo tiempo su argentina voz con las de las otras iglesias.

No pudo ya contenerse el pueblo, y miles de voces gritaron: ¡Viva Fontana! ¡Viva el maestro! Pero en medio de todo aquel regocijo, oyóse decir: ¡El papa Sixto VI! y todas las caras se volvieron hácia el balcón de la catedral.

¡De rodillas! exclamó la turba.

Aparecióse Sixto V en el balcón, con la tiara en la cabeza y en todo el brillo del poder pontifical... Estendió las manos sobre el pueblo inclinado dándole su bendición, y en este solemne momento hizo una salva la artillería del castillo de Sant-Angelo.

Cuando todo estuvo concluido salió de la multitud una voz que dijo: «Al Vaticano. ¡Llevemos al maestro Fontana al Vaticano!»

Siguió el consejo el entusiasmado pueblo; y llevó á palacio en triunfo al maestro entre sus brazos á pesar de su resistencia.

Al entrar Fontana en la habitación del Padre Santo, se puso de rodillas; levantóle Sixto con bondad, y tendiéndole la mano, le habló así:

«Os habeis portado como corresponde, y quiero recomendaros del mismo modo: desde hoy sois caballero romano con una pensión de 1000 ducados sobre el tesoro.»

Inclinóse Fontana, y se retiró de la audiencia en un estado mas fácil de sentir que de espresar.

Ocho días despues era feliz esposo de la hermosa Antonia. Una dicha de muchos años fué el precio de la terrible prueba que había sufrido.

UNA MUJER.

Como cesante desde muchos años no sé lo que sucede hoy día en las oficinas; pero sí puedo asegurar que en mis tiempos era una bicoca la vida de empleado. Llegar á las once, informarse de la salud de los compañeros, quejarse del frío ó del calor, leer la Gaceta y el Diario de Avisos, cortar la pluma, operación indispensable, hincar el diente en la honra de una ú otra señora, echar una ojeada de estremecimiento á la faena preparada para el día, decidirse por fin y echar el pecho al agua, tal era la ocupación de un empleado hasta que daba la una. Empezábase entonces á trabajar con todos los cinco sentidos, salvo sin embargo una que otra distracción sobre las noticias del día ó sobre la correspondencia familiar que siempre reservábamos para las horas de oficina; cuando no nos abandonábamos á las musas, forjando entre sueltas carcajadas sendas elejías plañideras á alguna Filis, pastorcilla de nuestras verdes praderías. Entonces, como ahora, á todo el mundo le daba por hacer versos.

Hacia el fin de la sesión, apoderábase de todos cierta incomodidad y natural cansancio; y por lo mismo hacíase ya imposible que estuviésemos quedos en nuestras correspondientes mesas. Así es que el uno empezaba á acepillar el sombrero, el otro la levita, y si por acaso se hallaba alguno en su sillón al caer las dos, veíasele como tocado del rayo, arrojarse la pluma en medio de su comenzada frase; y allí era de ver las zambas que se armaban, las risotadas y cánticos, y el felicitarse mutuamente por haberse concluido la obligación del día, echando á correr escalera abajo, cual si huýesemos de algun empacho de trabajosa digestión.

Mucho tiempo pasé con esta vida, y empezaba ya á fastidiarme de tan monótono sistema, cuando entré de empleado en mi oficina, un nuevo compañero, joven como hasta de unos treinta años, de gallarda presencia y elegante postura, con cierta gracia natural en su espresion que interesaba desde la primera vez á cuantos le conocían. Cumplido caballero hubiera podido llamarse, si á mas de las dotes de naturaleza hubiese pasado el arte su lima en aquel interesante joven; pero desgraciadamente había sido muy relajado desde sus mas tiernos años, y resentíase su educación de tamaña conducta. Era sin embargo sumamente agradable su conversacion; y como no presumía de hombre de natural talento, convenia por lo mismo todo el mundo en que era mozo de feliz ingenio y de vivaz imaginación. Por otra parte, es imposible encontrar otro carácter tan igual y complaciente como el suyo, á pesar de cierta ligera tinte de fatuidad ó satisfacción propia, hija de sus innumerables conquistas mujerieles.

Tal es el exacto retrato de Carlos N., con quien contrahe estrecha amistad desde el primer día que nos vimos. Habiannos dicho, á los empleados de mi oficina, que nos le enviaban para que le hiciésemos soltar la cáscara, y el inocente nos hu-

hubiera pervertido á todos, si afortunadamente no lo hubiésemos estado ya.

Los primeros días los consagró en obsequio de sus nuevos compañeros, contándonos sus amorosas aventuras, que llenaban por cierto una lista de regular tamaño, y sus quimeras de café concluidas generalmente con un buen almuerzo; porque aunque bizarro y excelente tirador, era Carlos bastante dócil, una vez pasado su primer momento de cólera; y en semejantes lances pareciale que el mejor desenlace era una mesa opíparamente pertrechada.

Nada de particular noté en su conducta en un principio, sino es que siempre, al salir á la calle, echaba una inquieta mirada á derecha é izquierda, y apretaba en seguida el paso, como si temiese un mal encuentro. Yo lo achacaba á alguna letra de cambio imprudentemente firmada, y sentia ya por anticipación verle presa de cualquier desmandado ministro; pero sabí errado mi cálculo, como pronto se verá.

Enrando cierto día un poco tarde en la oficina, vi sentada en un banco de piedra, al lado del umbral, á una señora asaz elegante, aunque algo estrambóticamente vestida, y con el velo echado, que levantándose, al pasar yo, me dijo con voz conmovida:

—Caballero, si no me engaño, está V. empleado en la misma oficina que don Carlos N., porque ayer le ví á V. salir con él: ¿quiere V. tener la bondad de decirle que una señora desea hablarle?

Y sin esperar respuesta alguna, volvió á sentarse en el banco, inclinando la cabeza, y cual si la absorbiese una idea fija.

—¿Cáspita, amiguito! dije al ver á Carlos; por vida mia que eres un niño mimado del cielo, y lo que es por mí, no tiene duda que hago buen papel en este negocio. Aquí me tienes hecho un mensajero de amor.

—¿Y qué hay de nuevo?

—¿Qué? un bocado de cardenal: amigo mio, una señorita linda como el sol y de romántica palidez, que te está esperando abajo. Verdad es que con el frío que hace no es muy á propósito el sitio para citas; pero á bien que el amor no se para en pelillos y á todo se acomoda.

—¿Y cómo va vestida? me repuso con viveza.

—Con vestido verde, sombrero y velo ídem: la esperanza personificada.

—¡Mal rayo la parta! ¡Ella es!

Y diciendo y haciendo, se me escapó echando ternos, dejándome con un palmo de boca abierta por el peregrino modo que tenia de recibir á los mensajeros de amor.

En vano me esforcé á que no desdijera de su carácter galante y cortés con las señoras. Obstinóse en no querer bajar, y toda aquella mañana estubo triste y silencioso.

Al otro día hallé en el mismo sitio á la misteriosa incógnita. Levantóse al verme, y echándome una mirada de tristeza y reconvencción á la vez: «Caballero, me dijo, parece que ayer olvidé V. el encargo que le hice, porque don Carlos no bajó.»

No me atreví á decirle la verdad. Respondí solamente que estaba Carlos muy ocupado cuando le pasé el recado, y que probablemente ella se habría marchado ya cuando pudo él bajar.

—Pues esperé hasta muy cerca de las dos. Hágame V. la merced de decirle que se lo suplico por Dios, y que de todos modos no me separo de aquí hasta que salga.

Nada hablaré de cómo recibí Carlos mi segundo mensaje, porque seria dar una mala idea de su carácter: tal fué su coraje, y tan poco mesuradas estuvieron sus palabras. Entonces sí que me costó sudar la gota negra el impedirle que bajase á despedir por sí mismo á aquella pobre señora, de modo que no tuviese ganas de volver; á pesar del interés que me inspiraba, conocí que valia mas que se armase de paciencia hasta las dos, hora en que salí con Carlos.

Había cumplido su palabra, y sentada la hallamos en el banco y en la misma actitud.

Con un movimiento de instinto se alzó al pasar nosotros, y cogiendo á Carlos del brazo, díjole con breve y cortada voz:

—¿Por qué no fuiste ayer á verme?

—¡Déjeme V. en paz, señora!

—¿Irás mañana?

—¡Repito que me deje V. en paz!

—Mañana, ¿verdad? mañana.

Y nos seguia, casi sin aliento, porque apretábamos mucho el paso, repitiendo siempre: ¿Mañana eh?

—Pues bien, iré mañana, mujer.

—¡Gracias á Dios!

Y alejóse entonces arrojando un profundo suspiro, y sonriéndose al través de sus lágrimas.

Así que quedamos solos, no pude dejar de reconvenir á Carlos por su acritud y dureza.

Esa mujer, respondió mi amigo, hará que al fin me desespere; ni hay palabras que alcancen á espresar el horror que me inspira.

—Muy romántico estás, Carlos. Y todo ello apostaria que es por alguna infidelidad, algun mal pago propio de mujeres; y eso que es tan suave y blandita, como todas las aguas mansas, que de jellas nos libre Dios. ¿Qué le hemos de hacer, amigo mio? Al cabo llega un día en que nuestras víctimas saben vengarse á su vez. Pero á todo pecador, misericordia. Me parece ya tan arrepentida la pobre de cualquier deslíz que haya cometido, que bien puedes perdonarla y volverla á tu gracia. (Continuará.)

LA ANCIANA DONCELLA DE BOSTON.

LEYENDA AMERICANA.

Dos ventanas estrechas y profundas abrian paso á los rayos de la luna que alumbraba una vasta cámara, cuyos adornos y muebles eran antiguos y suntuosos. El resplandor que atravesaba una de estas aberturas reflejaba en una alfombra de Venecia los abigarrados matices de los vidrios de color y su debilitada transparencia. La otra ventana, adornada con una tupida cortina de seda amarillenta, dejaba caer á plomo una tintura pálida sobre la alcoba, el lecho y el rostro de un joven que en él reposaba. Era una escena extraordinaria y pintoresca; una de aquellas realidades fantásticas en las cuales la imaginación no quiere creer, y que asombran los espíritus menos dotados de poesía.

El joven, dormido, gozaba de un sueño profundo. ¡Pero qué sueño! el último de todos, el único que el tumulto de las pasiones no turba jamás. Un lienzo blanco le envolvía. No se movía absolutamente: pero de pronto pareció que sus inmóviles facciones se reanimaban, y que la emoción de la vida renacía en su lívido rostro. La ilusión era completa. Un accidente natural la ocasionaba: la cortina colocada entre la ventana y el lecho mortuario se había movido al momento que la puerta del aposento se entreabría. Una joven hermosa, de alta talla, de rostro serio y apasionado, de fisonomía española, había entrado, y acercándose suavemente al lecho, estrechaba al cadáver con un abrazo convulsivo. No era solamente la ternura la que respiraba en aquel semblante característico; sino yo no sé qué violento triunfo mezclado con un dolor interno. El cadáver pareció moverse una segunda vez, como si quisiese corresponder á aquel vivo abrazo. Era la misma ilusión que producía el mismo resultado. La puerta acababa de abrirse nuevamente por mano de otra joven, que con los ojos arrasados de lágrimas, se acercó á los restos mortales del desgraciado joven. Las dos mujeres se miraron largo tiempo sin decir palabra, y permanecieron allí inmóviles como dos estatuas junto á un sepulcro. En nada se asemejaban. La una era el símbolo de la violencia de las emociones; la otra representaba la sensibilidad, la ternura y el dolor.

—¡Bastante me le habeis disputado vivo! exclamó la mas activa; dejádmelo muerto; es mio!

—Sí, vuestro, respondió la otra; el cadáver del hombre á quien vos habeis causado la muerte, os pertenece...

Y rompió en amargo llanto.

Una espresion de furor contrajo el rostro de la primera interlocutora: sus desdenosos labios se apretaron en ademán de amenaza: retrocedió dos pasos, cruzando sus brazos, y mirando fijamente á la que había sido su rival. Pero la última, sin responderla, se arrojó junto al lecho, y dejando caer su cabeza cerca de la del cadáver, manchó sus largas trenzas rubias con el negro cabello del joven. Suspiraba y gemía sin cesar.

—Y bien, sí! exclamó la mas activa, ha muerto porque yo le he amado! verdad es, María, verdad es!

El silencio del lúgubre aposento no fué interrumpido sino por los sollozos de la joven arrodillada.

—¡María! María! exclamó por tercera vez la otra mujer.

María dió un profundo gemido, levantó su cabeza de la almohada, y fijó sus húmedos ojos en la que así la interpelaba.

—¿Me vendereis, María? Todo lo sabeis, y podeis perderme



Muestra de las láminas de Veinte años después.

mi cerca de aquel á quien habeis hecho vuestra victima! Dejad pasar los años, y me direis si habeis vivido dichosa. Jurad años, si existís todavía: en igual día, á esta misma hora!... Jurádmelo!

—Consiento en ello: pero ¿qué garantía me dais de vuestro silencio?

—Este rizo, respondió María, cortando uno de los que aun adornaban la blanca frente del joven.

—Sea en buen hora: pero ¿qué vais á hacer?

—Poco os importa; ya lo sabreis. Entonces nos volveremos á ver.

Las manos de las dos jóvenes se cruzaron sobre el pecho del difunto. La mayor se volvió para echar una última mirada á la alcoba y al lecho; despues se dirigió hácia la puerta, que abrió con mano trémula. Hecha una nueva pausa, y como admirada de su propia debilidad, se lanzó al corredor, donde un esclavo negro, antiguo criado de la familia, tenía una antorcha encendida para alumbrar su salida. La pareció que esta figura negra con sus dientes de alabastro, heridos de una vivísima luz, la perseguía con una horrible y amarga sonrisa. El negro abrió la puerta principal y levantó la antorcha para que el viento no la apagase. Al momento en que la joven bajaba los escalones que hay delante de casi todas las casas de Boston, otro joven, ministro presbiteriano, amigo de sus padres, subía por ellos. La saludó, y pasó sin decirle una palabra.

Los dias sucedieron á los dias; los meses á los meses; los años á los años. Rejuveneciéndose sin cesar, el mundo había envejecido; treinta veces esta renovación de la naturaleza había hecho florecer la primavera y agostar el otoño desde la época en que las manos de las dos rivales habían consagrado su singular y fúnebre pacto. Entonces vivía en Boston una anciana mujer cuya inteligencia indudablemente se había debilitado con el peso de los años, pero que se mostraba tan dulce en sus caprichos, tan resignada en su decrepitud, tan caritativa en su pobreza, que se pasaba por todas sus rarezas, y que el pueblo, comunmente injusto y duro para

con todo lo que sale de la línea ordinaria, hablaba de ella con respeto. Nadie sabia su nombre: vivía sola. Su estraña costumbre consistía en seguir á los entierros; y esta manía era tan inveterada en ella, que si no hubiese hecho parte de algun acompañamiento sepulcral, no se hubiera mirado aquellos funerales como completos. Siempre que un ataud, rico ó pobre, ya fuese seguido de una muchedumbre de amigos, ó ya simplemente acompañado del solo animal fiel al hombre, subía por la calle Barthelemy para dirigirse al cementerio, era infalible hallar allí á nuestra anciana mujer, muda, pero con



Muestra de las láminas de Veinte años después.



Muestra de las láminas de Veinte años después.

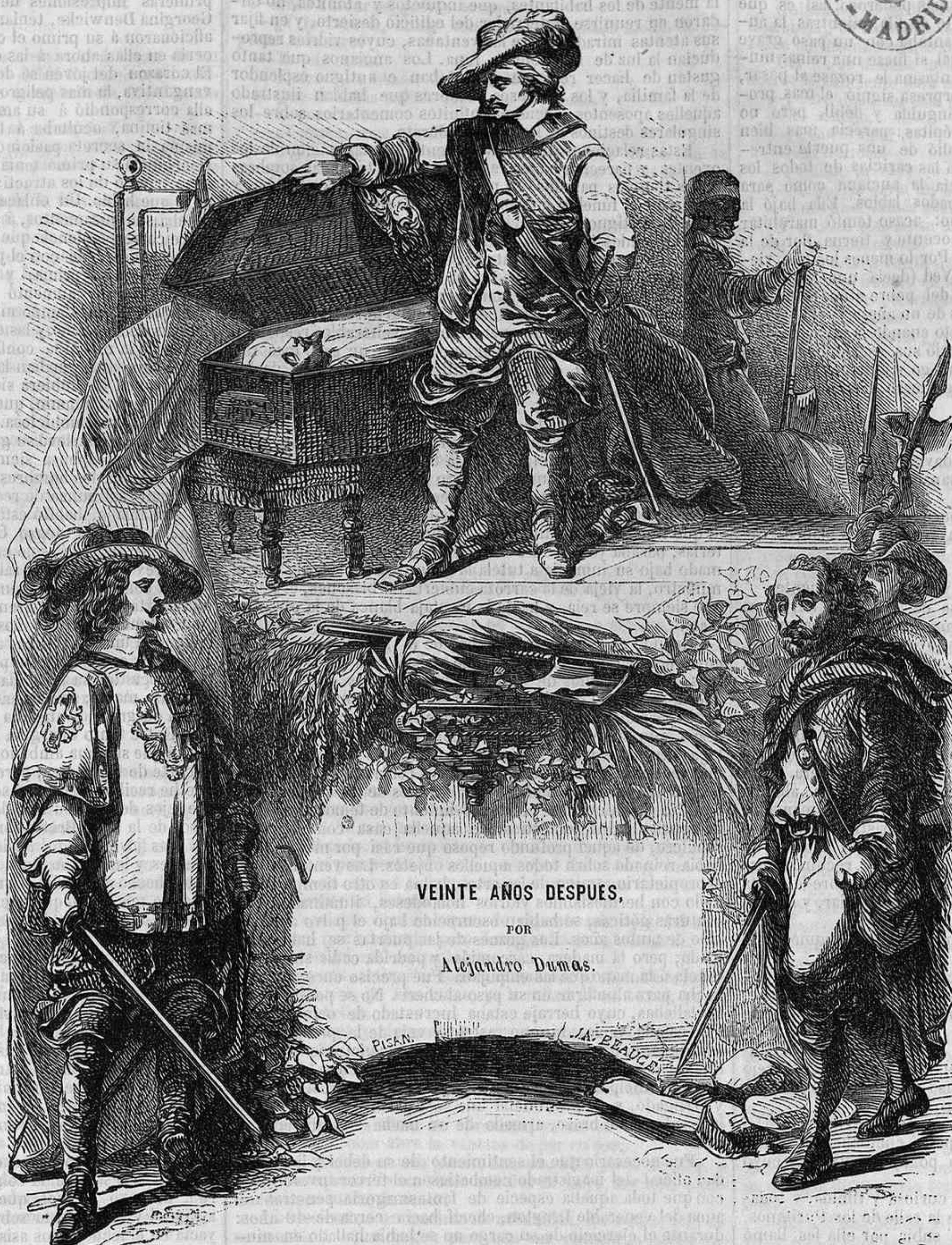


dignidad, con su gran ropón blanco que parecía una mortaja. Por esto el pueblo la llamaba la anciana doncella de la mortaja blanca. En vez de mezclarse con la fúnebre comitiva, tenía sumo cuidado en mantenerse á cierta distancia, caminando como una sombra á diez ó doce pasos atrás, escuchando las plegarias bajo el pórtico de la iglesia, y no abandonando los restos del difunto hasta después de haberle visto descender al comun asilo de la humanidad. Lúgubre capricho, pero que se respeta; los días de entierro eran sus días de fiesta! Excepto en estas circunstancias, no salía sino de noche. Sobre los sepulcros era donde gustaba sentarse; y este tétrico placer era una especie de consagración que ella concedía solo á los hombres de bien y á las mujeres virtuosas. Se habían notado todas las inclinaciones de la anciana, el esmero con que cuidaba y adornaba ciertas sepulturas privilegiadas, las limosnas que daba á los huérfanos, y esta benevolencia general había esparcido en el pueblo la creencia vaga de que la anciana de la blanca mortaja era un ser sobrenatural. Encontrarla mientras el sol brillaba, pasaba por un mal agüero. Un día durante las ceremonias nupciales que unían al destino de un joven opulento otra joven infiel á sus primeros juramentos, se la vió aparecer en la iglesia; y su lúgubre presencia pareció una amenaza, de la que todos los asistentes quedaron convencidos á par que asombrados.

Tal era la vida fantástica y pacífica que llevaba por espacio de treinta años, y las generaciones que nacían y morían en la comerciante ciudad de Boston se habían acostumbrado tanto á ella, que les parecía necesaria á su ciudad así como la campana fúnebre á la catedral: nadie podía imaginarse que pudiese ninguno morir y ser enterrado sin tener por guardia de corps á la anciana de la mortaja blanca.

El 30 de junio de 1780 la calle mayor de Boston, siempre rica y animada por el brillante tráfico que causó poco después su esplendor y su independencia futura, ofrecía una escena muy curiosa, cuya viveza y movimiento resaltaba mas y mas por la proximidad de la noche. Vefase á los graves mercaderes (1) de 1780 con sus blancas pelucas, y sus chupas de terciopelo bordado que les caían hasta las rodillas: las figuras bronceadas de los capitanes de buques; los anchos pantalones blancos y la tez aceitunada de los criollos españoles; el aire altivo y desdenoso de los hijos de la Gran Bretaña, contrastaba singularmente con la fisonomía selvática de algunos colonos de los lejanos bosques que compraban por unos cuantos dolars ó pesos fuertes una estension de terreno que valía la mitad de un reino, y donde jamás había resonado la segur del leñador. Algunas hermosas damas, vestidas á la francesa, pasaban haciendo crujir la seda y el tafetan que cubrían sus delicados talles, y distribuyendo sus sonrisas por el camino, con una gracia imitada de las

(1) La palabra mercader tiene en Inglaterra un significado mas honorífico que en Francia y en España, y equivale allí á algo mas que negociante. Es de advertir que este significado peculiar de la Inglaterra no se estiende á la Escocia. Con gran escándalo de los comerciantes ingleses, así que pasan la frontera británica, ven una tiendecilla de especiero con el honorífico título de mercader. Esta palabra se emplea en la América en el sentido que la dan los ingleses. Muchas veces la ignorancia de estas pequeñeces tiene por resultado la nulidad ó ininteligibilidad de las traducciones.



VEINTE AÑOS DESPUES,
POR
Alejandro Dumas.

Muestra de las láminas de Veinte años después.



El castillo de Vilford.

parisenses, pareciendo que después de atravesar el Atlántico, había conservado casi toda su memoria. Sus pasos artísticamente calculados, su calzado a to y esmerado, los elegantes bordados que cargando sobre el pié, parecía entorpecer su marcha, tojo este reflejo de la vija Europa, tiene alguna cosa de extraño que no se mira sin placer cerca de los montes Alleghans. La última hora del trabajo y primera del contento iba á dar. Ya una gran sombra proyectada por las masas de fábrica, sumergía á las calles en la oscuridad y no dejaba percibir sino un surco luminoso que corriendo á lo largo de los tejados y de los aleros, no tardaba en abandonarlos refugiándose sobre la punta del campanario de la catedral, cuya bola doraba con su viva y fugitiva luz.

Todo el movimiento que acabo de describir se verificaba en el centro de la ciudad, no lejos de un edificio imponente por su masa, y notable por su aislamiento. Las losas que le rodeaban estaban cubiertas de césped, lo que atestiguaba la profunda soledad del edificio. Era una de aquellas construcciones hechas á semejanza de la arquitectura europea por los primeros negociantes que traficaron y se enriquecieron en Boston: el estilo pesado del tiempo de Carlos I había abierto aquellas estrechas ventanas, dispuesto sus espesos balaustres, esculpido sus macizas cornisas, y provisto de su corta rampa. Se preguntaba por qué aquel edificio no se había convertido en una bolsa, una fábrica, un taller, ó una casa de la ciudad; ¿por qué una magnífica muestra agitada por el viento no ofrecía á los que pasaban la costosa hospitalidad de una fonda? Los herederos del dueño de la finca no se habían avenido, y prolongándose su discusión, el edificio inhabilitado había concluido por arruinarse y reflejar su sombra tétrica y grandiosa en el mismo centro de la ciudad.

Principiaba la noche, cuando una mujer vestida de un modo singular se mostró al final de la calle de los Puritanos. Dos ó tres marineros hablaban en corro á pocos pasos de la casa.

—¡Mira una vela á sotavento! exclamó uno.

—¿Qué quereis decir? contestó un armador de Liverpool. ¿Es esa mujer de allí bajo, con su bata blanca?

—La misma: jamás se habrá visto cosa mas parecida; se parece á un fantasma!

Y era, como ya se habrá presumido, la anciana de la mortaja. Todos los ojos se movieron hácia donde venia: cada uno se estrechaba para ver un poco de su vestidura blanca: era una cosa extraordinaria la aparición de esta mujer en dia diferente del de funerales: los asuntos vulgares de conversación se olvidaron por entonces: todos buscaban la esplicacion de este suceso. Nada de convoy fúnebre; ninguna puerta había enlutada; no se percibía ni sacristan, ni sacerdote, ni comitiva de duelo. Del campanario que detiene en su fuga al último rayo del sol, no se oía por aquella vez la voz de las campanas, que acompañaba siempre á los pasos de la anciana.

No se atrevían demasiado á preguntarse mutuamente, de miedo de ser tenidos por supersticiosos: hasta procuraban sonreirse; pero sus sonrisas mezcladas con la mas punzante inquietud, atestiguaban el secreto terror de los que aparentaban valor y tranquilidad. ¿Por qué aquel ser que los muertos reclamaban venia á mezclarse con los vivos? ¿Qué funesto presentimiento se ligaba á su presencia tan inespe-

rada? ¿Qué impensada desgracia amenazaba á la ciudad y á sus pacíficos habitantes? El terror que no atreve á confesarse, es de todos los terrores el mas poderoso: así es que todos se colocaban respetuosamente en fila, mientras la anciana de la mortaja blanca se adelantaba con un paso grave y desmesurado. Se la abría calle cual si fuese una reina: ninguno quería que el vestido de la fantasma le rozase al pasar, y al primitivo murmullo de la sorpresa siguió el mas profundo silencio. Estaba pálida, lánguida y débil, pero no agobiada como las ancianas decrepitas: parecía mas bien deslizarse que andar. Un niño salió de una puerta entreabierta; y acostumbrado sin duda á las caricias de todos los que pasaban, se dirigió gozoso hácia la anciana como para pedir un beso á sus áridos y disecados labios. Ella bajó la cabeza hácia él y siguió su camino: acaso temió marchitar con un soplo de muerte aquella inocente y tierna flor de la juventud: quizá su beso era fatal. Por lo menos los que vieron la escena así lo creyeron. «Ved (decía una mujer del pueblo) cómo ha tenido compasión del pobre niño. Si le hubiese besado hubiera muerto antes de un año.»

Pero el asombro creció de punto cuando la anciana, dirigiéndose hácia la casa aislada, subió sus escalones con un paso firme, separó con el pié el musgo y líquen que los cubría, y levantó el molino llamado de Fierro, haciéndole sonar por tres veces.

—Esta loca, sin remedio (decían los circunstantes), ¡Algun recuerdo vago y confuso habrá penetrado en su pobre cerebro! ¡Acaso creará poder hallar todavía los amigos de su juventud, que todos, todos han desaparecido hace bien largo tiempo!

Un hombre de edad se acercó poco á poco hácia la rampa de la escalera, y descubriendo con respeto sus blancos cabellos:

—Señora, la dijo...

La fantasma se volvió hácia él, y le miró atentamente.

—Señora, replicó él armándose de valor, no hay alma viviente en esa casa hace largo tiempo. No: nadie ha puesto el pié en ella desde la muerte del joven coronel Fenwicke. Los herederos no quieren avenirse, y la casa está, como veis, abandonada.»

La anciana hizo un gesto negativo: con una mano llevó el índice de la otra á sus labios, y en esta actitud pareció aun mas fantástica que nunca. En seguida levantó nuevamente el llamador, y sonó un cuarto golpe. Entonces, ¡quién lo creyera! se oyeron pisadas muy lentas por la escalera. Eran evidentemente de una persona decrepita, enferma, abatida por los años: á medida que el habitante de aquella mansion, que se creía desierto, se acercaba á su peristilo, se oía mas claramente el ruido de sus pasos. Por último, la barra de fierro que contenía la puerta cayó, y la puerta rechinó sobre sus goznes. La anciana echó una ultima mirada sobre la punta del campanario, de donde huía el último rayo solar, y al momento desapareció entre la sombra del pórtico.

—¿Quién ha abierto la puerta? preguntaron algunos ciudadanos.

—Es un negro, respondió el anciano de antes, que se parece sumamente á César, el esclavo del coronel Fenwicke; pero aquel está ya libre hace 30 años con motivo de la muerte de su amo.

—Vamos, exclamó un marinero, eso es que esa vieja, fantasma hembra, habrá evocado del otro mundo algun viejo fantasma macho de la familia. Preciso es que nos prevengamos á ver aquí al cementerio entero.»

Estas palabras hicieron sonreír, aunque tristemente, á una parte de la reunion, que se dispersó cuchicheando sobre el extraño suceso cuyo sentido no podía penetrar, ni cuyo misterio podía sondear.

Así se retiraba la gente á la voz curiosa y tímida, y todavía cubría la estremidad inferior de la calle de los Puritanos, cuando una antigua carroza que subía por ella les llamó nuevamente la atención. Una carroza en Boston y en aquella época, era cosa poco común: la caja de aquella antigualla llegaba casi hasta el suelo, y un gran número de mamarrachos heráldicos adornaba sus costados: un grave cocheró, dotado de extrema obesidad, ocupaba el pescante que sobresalía extraordinariamente del resto del coche: las ruedas, de llanta muy ancha, sonaban sordamente sobre el empedrado. El coche se paró delante de la casa abandonada; y un lacayo, apeándose de la trasera, subió los escalones y dió tres golpes. Mientras esperaba la respuesta, dos ó tres curiosos se agruparon alrededor del carruaje, y un adepto en el arte heráldico esplicó á los demás ciudadanos admirados los cuarteles, las divisiones, los colores y blasones del escudo que traía.

—Estas son (decía) las armas de los Fitz-Herbert, antigua familia normanda, bastarda de príncipes soberanos, establecida en Inglaterra y que no ha dejado vástagos, como lo prueba el losaige en que está encerrado el escudo. ¡Este es sin duda el tren de la viuda!»

Entonces salió por la portezuela una anciana, de rostro arrugado y encendido, una de aquellas fisonomías que no representan ni el terror ni la proximidad de la muerte, sino el ridículo de un mal humor impotente. Su aparición hizo recular á los mas curiosos, y el lacayo tuvo que darla la mano para bajar. Era una mujer agobiada, decrepita, enfermiza, con la nariz retorcida, las mejillas salientes, los ojos todavía vivos y amenazadores; parecía un no sé qué, una ruina bastante noble sí, pero que no podía mirarse sin una especie de terror: se apoyaba en un bastón con puño de oro, y subió trabajosamente los escalones de la casa desierta. En su ropaje de seda recamado de oro, se reflejaba la temblona luz de una antorcha que se notaba en el interior, y venía á juguetear con sus vestidos. Hizo ella una pausa, echó una mirada hácia atrás, y como por un impulso repentino, se precipitó dentro de la casa. El curioso que se había mostrado tan sabio en el arte del blason, tuvo la audacia de llegar hasta el bajo de la rampa: afirmó después, no sin terror, que había reconocido la mismísima imagen del negro César, envejecido en verdad, pero fácil de conocer, y que tenía en la mano, sonriéndose de un modo verdaderamente espantoso, una antorcha encendida.

Entre tanto el coche volvió á bajar por lo largo de la calle, y haciendo retumbar el sónico pavimento, desapareció en medio de las tinieblas.

Aquel carruaje antiguo, aquella sibila vestida como dama

de la corte, aquella reaparición del viejo negro, todas estas ideas, todas estas imágenes se presentaban confusamente á la mente de los habitantes, que inquietos y atónitos, no tardaron en reunirse al derredor del edificio desierto, y en fijar sus atentas miradas sobre las ventanas, cuyos vidrios reproducían la luz de la naciente luna. Los ancianos que tanto gustan de hacer relaciones, contaban el antiguo esplendor de la familia, y los gloriosos nombres que habían ilustrado aquellos aposentos, haciendo infinitos comentarios sobre los singulares destinos de la raza aristócrata.

Estas relaciones herían vivamente la imaginación de los oyentes, y parecían hacer revivir á la vez todas las sombras de los tiempos pasados. Al menor ruido todos temblaban, y creían oír el fúnebre golpeo del llamador sobre la consumida puerta. Antiguos y experimentados mercaderes, marineros acostumbrados á la ruda existencia en el mar, temblaban como la hoja en el árbol ante aquella casa ahora tan frecuentada, y antes tan abandonada. Al fin vino un ministro del culto, hombre ya de edad, amigo en otro tiempo de la familia á quien perteneció la casa: todo el mundo le rodeó. Se apresuraron á interrogar á aquel hombre venerable; respondió muy pocas palabras; pero dirigiéndose con un paso mas rápido que su vejez parecía permitirle, hácia la casa de los Fitz-Herbert, se lanzó dentro ante la turba asombrada. . . .

Se esperó con mucha impaciencia el momento en que el anciano ministro saliese del pórtico; pero fué en vano, pues no salió. A la mañana siguiente, la turba rodeaba aun aquella misteriosa casa, y el rumor causado por aquel suceso fué tal, que los magistrados se vieron precisados á intervenir. Ya principiaba á murmurarse; y el diablo, este agente terrible, al que nuestras imaginaciones atribuyen todas nuestras tonterías, pasaba ya entre las comadres de Boston por haber tomado bajo su inmediata tutela la gran casa de ladrillo con el ministro, la vieja de la carroza cubierta de blasones, el negro que siempre se reía, y hasta la mortaja blanca de la otra anciana.

Quando el cherif en nombre de la ley se presentó en aquel domicilio fúnebre, nadie se ofreció á su vista; los muebles, los utensilios de casa, los cuadros, las colgaduras y adornos, todo lo que había pertenecido al coronel Fenwicke había permanecido en su puesto primitivo. Enormes telas de araña cubrían los retratos de la familia, y algunos murciélagos aturdidos por el ruido de los entrantes se lanzaban de los rincones de la casa. Las alfombras roídas por los gusanos levantaban un polvo mohoso bajo los piés de los que las pisaban. No podía evitarse cierto movimiento de temor al aspecto de aquella ruina doméstica, de aquella casa convertida en sepulcro, de aquel profundo reposo que casi por medio siglo había reinado sobre todos aquellos objetos. Las ventanas que el propietario, amigo de las artes, había en otro tiempo adornado con hermosísimos vidrios holandeses, iluminados con pinturas góticas, se habían oscurecido bajo el polvo acumulado de tantos años. Los goznes de las puertas se habían tomado; pero la madera carcomida y podrida cedía sin resistencia á la mano que las empujaba. Fué preciso encender una hacha para alumbrar en su paso al cherif. No se podían abrir las fallebas, cuyo herraje estaba incrustado de orin. El piso bajo estaba vacío; ningún rastro se veía de la presencia de ser humano; pero cuando los pasos del magistrado y de los que le acompañaban resonaron por la escalera que conducía al piso principal, el pobre César mostró su viejo rostro negro y arrugado, y sin pronunciar una sola palabra estendió hácia la escalera su brazo, armado de un hacha amarilla encendida.

Fué necesario que el sentimiento de su deber y la gravedad oficial del magistrado combatiesen el terror involuntario con que toda aquella especie de fantasmagoría penetraba el alma del venerable Drayton, cherif hacia cerca de 10 años: durante el ejercicio de su cargo no se había hallado en ninguna circunstancia comparable á aquella. Conservó su sangre fría; pero en la viveza con que golpeaba con un bastón el pavimento de las salas que atravesaba, en el acento de su voz mas alto y mas fuerte que lo acostumbrado, se conocía su emoción.

—Aquí pasa algo extraordinario, dijo al negro.

César, á quien una larga soledad había acostumbrado al silencio, nada respondió; pero indicó con la mano la alcoba del coronel Fenwicke, aquella misma alcoba que el lector recordará sin duda, y en la que al principio de nuestra narración se nos mostró un joven tendido en el lecho mortuario entre las dos rivales que le lloraban. El primer albor de la mañana jugueteaba con los restos de colgadura de las ventanas, que usados, destrozados, hechos harapos por los años, habían sido en otro tiempo una magnífica cortina de seda. El lecho en que el cadáver había reposado permanecía aun en su lugar: pero en vez de los restos mortales del joven militar, se veía sobre él la mortaja blanca de aquella mujer, cuyas inclinaciones fúnebres acabamos de describir: ella había cesado de vivir. A la izquierda, frente por frente del lecho, sobre un sitial de madera de nogal, de alto respaldo y bajo asiento, de esculturas carcomidas por el tiempo, y de brazos cortoneados segun el capricho de los antiguos artistas, se veía tendida la otra anciana; tampoco respiraba ya. El venerable ministro de rodillas, frente la ventana, que apenas lanzaba en el aposento un débil rayo de luz matutina, continuaba susurrando una plegaria en la que parecía absorta toda su alma, y la que no interrumpió aun cuando el cherif y los que le acompañaban penetraron en aquel lugar de dolor y desolación.

—«Seáis bien venido, señor magistrado, dijo el ministro, levantándose al cabo y tomando asiento en un taburete guardado de terciopelo encarnado, que indudablemente habría brillado en las mas solemnes fiestas de la familia Fenwicke. Vuestra presencia aquí es muy útil; y yo os explicaré en pocas palabras todas estas singularidades, que deben admiraros y que son fruto de la romántica imaginación, ó mas bien de las violentas pasiones, de estas dos antiguas amigas, ¡ah! cuya suerte está ligada mutuamente con una rara cadena de sucesos, y cuyos cadáveres se ven ahí cerca de nosotros. Todos los socorros han sido inútiles: su vejez no ha podido resistir á la terrible impresión de recuerdos dolorosos, y á una poderosa emoción.

«Yo no detallaré una historia amorosa ante esos dos ca-

dáveres: sería una profanación y un escándalo. ¡Ah! ¡muñeres desgraciadas! ¡Toda su vida ha sido envenenada por las primeras impresiones de su juventud! María Fenwicke y aficionaron á su primo el coronel Fenwicke. ¿Quién reconocería en ellas ahora á las dos mas hermosas hijas de Boston? El corazón del joven se decidió por la mas altanera, la mas vengativa, la mas peligrosa de estas dos mujeres, Georgina: ella correspondió á su amor mientras María, mas tímida y mas tímida, ocultaba á todos y procuraba ocultarse á sí misma la secreta pasión que la dominaba. La adhesión de Georgina á su primo tenía mas vehemencia que profundidad, y no triunfó de los atractivos de la ambición, primer móvil de la que hablo. Un enlace cuyo brillo la deslumbró, la hizo infiel á sus juramentos, á su ternura misma, á la dilatada y dulce correspondencia que aquella joven demasiado atrevida había conservado con el joven coronel. Este al fin notó la mudanza de su prima, y sin penetrar la causa cayó en un desaliento que aumentó lo débil de su salud. La pobre María tuvo á un tiempo mismo el dolor de recibir las confidencias de su primo y las de Georgina: no vendió ni la ambición de la una ni la confianza del otro. Depositaria de las cartas que atestiguan las promesas de Georgina y el amor del coronel, la hubiera sido fácil aprovecharse de ellas para romper el matrimonio, que era objeto de todas las esperanzas de su prima ambiciosa. No lo hizo: el coronel murió en sus brazos y ella llevó su generosidad hasta el extremo: Dios es quien recompensa siempre esta virtud: ella no está hecha para la tierra: los hombres que se aprovechan de ella, no se encargan casi nunca de reconocerla. María, desde la muerte del que amaba, habitó esta antigua casa de que era coheredera, y donde el negro César, libre por la muerte de su dueño, permaneció solo con ella. Desapareció para todos y se la creyó muerta. No salía sino por la puerta del parque, vestida con esa ancha túnica blanca que el pueblo tomó por una mortaja: daba un gran rodeo por los campos. Esta prisión voluntaria de 30 años, esta vida consagrada á una sola imagen, á una idea única, alteraron su razon: se la vió adherirse á las señales y á las pompas fúnebres de la muerte, con una supersticiosa tenacidad: la ciudad entera ha conocido esta rara manía, sin saber que la heredera de los Fenwicke era la desgraciada anciana de la blanca mortaja.

Entre tanto Georgina Fenwicke seguía la brillante carrera á que su alma ambiciosa la arrastraba. Georgina brilló en la corte de Inglaterra; pero segun sus últimas confesiones que he recibido, el descanso, la calma, la dicha, estaban siempre lejos de ella. Su marido, uno de los hombres mas poderosos de la Gran Bretaña, no tardó en dejarla por otras amantes mas jóvenes. La ansiedad misma con que buscaba los honores y las distinciones fué para ella un eterno suplicio. Había hecho á su primo aquí, en este mismo aposento, sobre el lecho mismo en que yacían los despojos mortales del joven coronel, el juramento de venir dentro de treinta años á visitarla, si existía todavía, en el día y hora misma en que tan extraordinario pacto fué concluido. Ansiosa siempre de sensaciones fuertes y de movimientos extraordinarios, ha sido fiel á su promesa. Ha dejado un país en que su juventud fué una época de pesares y angustias, y en que ya anciana solo encontraba remordimientos y amargura: ha atravesado el Atlántico ya decrepita, desgastada por el pesar y la ambición; y ha venido á cumplir el extraordinario deber contraído treinta años antes. Qué remordimientos, qué confesiones, qué diálogo ha pasado entre las dos mujeres, es lo que yo no puedo decir. He hallado á la una muerta, y á la otra á punto de espirar.»

En el momento en que el ministro pronunciaba estas palabras, los restos de la colgadura de las ventanas se agitaron: un rayo de sol, que había cobrado mas fuerza, las atravesó y vino á caer sobre el lívido rostro de María que yacía en el lecho, y los asistentes asombrados creyeron verla reanimarse con una vida efímera.

El cherif hizo se tributasen á las dos mujeres honores fúnebres y esplicó, á los vecinos reunidos ante el pórtico esta extraña historia, cuyo recuerdo aun conservan los ancianos de Boston, es una de las raras tradiciones fantásticas de aquella ciudad, enteramente comercial, y cuyo rastro se halla en una balata ó canción popular. *La anciana doncella de la blanca mortaja.*

LOS AMORES DE JUSTINO.

(Conclusion.)

—Pues sin duda lo debo á mi buena memoria, y á que posteriormente se me comunicó la carta.

—Conque habeis tenido parte en...

—En esta comedia, sí, amigo mio, y con vuestro permiso voy á entrar en escena.

Hallábame yo en mi despacho trabajando una mañana, cuando entró el criado y me dijo:

—Aquí hay una señora que quiere hablaros.

—¿Sin duda alguna consulta?

—No ha dicho lo que quiere.

—Que entre.

La señora entró; era una hermosa mujer que me dió gusto verla. La presenté una silla y la dije:

—Sentaos si gustais.

—¿Sois el doctor Descourts?

—El mismo. Pero ¿á quién tengo el honor?...

—Yo soy Mad. Ester de Foucaut, respondió la señora. Era ella, querido amigo; por eso exclamé al instante:

—¿Conque sois vos la que tanto ha desesperado á mi hermano Justino?

—Bien me pesa, murmuró confundida.

—Podeis lisonjearos de haberle puesto en un estado que da gusto; pero en fin, habeis venido á verme, ¿qué queréis?

Mi acogida, á decir verdad, no era muy benevola; ella se asustó algun tanto; pero yo la tranquilicé, de modo que después de algunas explicaciones de su conducta en aquella ocasión, llegaron las confidencias.

Este es el capítulo interesante.

—Sí por cierto; entonces supe los detalles que os he dado

hasta aquí, y otros muchos bastante curiosos como vais á ver ahora.

—Así pues nos hallamos próximos al desenlace.
—Dos palabras mas, y concluyo.
—Os oigo.

—El gabinete de un médico se convierte á veces en un confesionario. Madama de Foucaut debió hacerme su confesion, y no sin sonrojarse, lo que la embellecia de tal modo que era una encantadora penitente.

—¿Conque madama de Foucaut se sonrojaba?
—Sí, amigo mio, me respondió el doctor meneando la cabeza y pronunciando lentamente las palabras: ¡Madama de Foucaut se sonrojaba!

—¿Qué quereis? El desconocido de la famosa carta era un hombre pálido, era un tipo poético, y sobre todo venia después de un Justino, sucumbiendo al peso de una pasion borrascosa; en fin, era un corazon hecho para comprender el corazon de la mujer; de modo que fué imposible resistirle.

—¡Pobre Justino!
—Después de esta confesion de las flaquezas de la hermosa madama de Foucaut, el doctor prosiguió en estos términos:

—Lo mas singular de la aventura es que Ester era siempre Luisa para él.

—Luisa, os amo; Luisa, sois muy hermosa; Luisa, ahora que os he vuelto á hallar quiero morir á vuestros piés hasta que me otorguéis el título de esposo vuestro.

Ester le respondia:

—Bien, bien, acepto vuestras proposiciones; pero ¿por qué llamarme Luisa? ¿No veis, amigo mio, que no es agradable oír este cambio de nombre? Cuando me decís Luisa, debo creer en algun recuerdo del pasado, en algun sueño desvanecido de vuestra vida de jóven, y estoy celosa.

—Sí, vuestro pasado, exclamaba el otro apretándose la frente con las manos como un hombre que se desespera por no poder hallar en su memoria un eslabon perdido de la cadena de sucesos de su vida, vuestro pasado, yo le veo en efecto como un sueño. El nombre de Ester no me desagradaba; podeis llamaros Ester para todo el mundo, consiento en ello; pero para mí quiero que seas Luisa; porque eres tú, sí, eres tú la Luisa que yo nunca he cesado de amar desde mis tiernos años.

Y á cada palabra repetia:

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa!

Madama Foucaut, los primeros días estaba alucinada con esta idea, que le parecia una de esas delicadezas amorosas que tanto estiman las mujeres; pero después, cuando notó aquella obstinacion, principió á entrar en cuidado.

Cuantas veces trataba de penetrar el misterio del nombre de Luisa, y provocaba para ello una explicacion, su futuro esposo le daba respuestas muy estrañas, y á veces se arrebatava hasta encolerizarse.

—No os enfadeis por eso, amigo mio, decia Ester, y se escapaba temblando.

Luego, cuando un instante después se atrevia á volver, veia al hermoso jóven que estaba allí, tranquilo, amoroso y tierno, sin hablar ni acordarse de lo que habia pasado.

Es de creer que al punto lo olvidaba.

Madama de Foucaut me contó todos estos detalles, mejor que los he contado yo, y concluyó diciéndome:

—Y por esto, doctor, he venido á buscaros.

—¿Y qué quereis que yo haga, señora mia? En todo este asunto yo no veo mas que un hombre y una mujer muy enamorados. Os llamais Ester; éis os llama Luisa; ambos nombres son muy bonitos, y no es ninguna desgracia el llevar uno ú otro. Si alguien hay digno de lástima en todo esto, es sin duda alguna mi pobre hermano que habia soñado á vuestro lado una felicidad que su rival disfruta ahora.

Ester me habia escuchado atentamente sin interrumpirme, y con ojos atónitos de asombro.

Por fin rompiendo el silencio, me dijo:

—¿Conque no adivináis?
Yo me encogí de hombros con un movimiento de cabeza que queria decir que nada adivinaba.

—¿Conque no adivináis que está loco? me dijo al cabo.

Yo detuve al doctor cogiéndole del brazo, y le pregunté:

—¿Y es cierto?
—No puede serlo mas, me respondió el médico.

—¿De modo que la ex-novia de Justino estaba enamorada de un loco?
—Sí, amigo mio, amaba á un loco; de modo que bien venido quedó nuestro pobre Justino.

Justino habia hablado de su hermano el doctor y de mi especialidad á madama de Foucaut cuando la hacia la corte, y Ester, en medio de su apuro, se acordó de mí para que tratase de curar á su querido maniático.

Al punto nos pusimos de acuerdo sobre las precauciones que debia tomar para sacar al enamorado de su domicilio, y aquella misma noche (ya veis que no perdimos tiempo) ya se habia emprendido el método curativo. Yo procedí por baños de agua fria, y bien luego el estado del enfermo se mejoró algun tanto.

A cada buena noticia que llevaba, era de ver, primero la ansiedad cuando yo entraba, y luego, cuando habia hablado, los trasportes de la hermosa Ester.

—¿Conque va mejor? me decia.
—Sí, una mejoría muy sensible.

—¿Doctor, cómo podré pagaros lo que os debo?
Y entonces venian las lágrimas de gozo, una locura del corazon que me interesaba y enternecia á pesar mio.

A veces necesitaba yo de toda mi filosofía para no enamorarme de la bella Ester como mi hermano Justino.

Por fin el enfermo se curó del todo; pero con su locura desapareció todo el prestigio de madama de Foucaut.

Entonces la dejaba que se llamase Ester sin oposicion ninguna; pero no queria verla, y aun apenas consentia que se hablase de ella en su presencia.

La idea de que habia podido tomarla por aquella Luisa de quien habia blaba rara vez, y siempre con lágrimas en los ojos, le era insostenible.

—Ya podeis figuraros la pesadumbre de la dama.
—De modo, doctor, dije yo tomando la palabra, que aquello habia sido un engaño, hijo de un simple parecido.
—No, me respondió, y esto es lo mas curioso. Nuestro jó-

ven me confesó un dia que Ester no se parecia en nada á su Luisa.

—Pero entonces, ¿cómo se explica...
—¿Y la locura, amigo mio? ¿Habeis hallado medio de explicar la locura?

—Teneis razon.
—Ahora falta hablar del pobre Justino.

—Que lo habia sabido todo, por supuesto.
—Sí por cierto.

—¿Y qué piensa y qué hace en el dia?
—Sigue haciendo números en su despacho detrás de su enrejado verde, con sus mangas de percaína en los brazos y su pluma en la oreja.

—¿Santa paciencia!
—Cuando por casualidad hablamos de mujeres, soy yo el que tomo su defensa.

—¿Donque no quiere creer en que sean buenas?
—Ni como escepcion quiere admitirlo. En una palabra, en el dia es él el escéptico, y yo el hombre de las ilusiones.

Ahora si me preguntais en qué ha venido á parar madama Ester de Foucaut con sus gran es pesadumbres amorosas, os diré que por no renunciar á sus ideas matrimoniales, está experimentando con un jóven médico amigo mio si sus dolores son inconsolables.

En cuanto al enamorado, esto es mas triste; durante mucho tiempo ha estado luchando con un recuerdo penoso; pero desesperado de no volver á ver la Luisa de su desvario, ha puesto fin á sus dias. Es el segundo caso de suicidio, después de haber curado, que observo este año.

—¿Y decís que le habeis curado, doctor?
—Es claro, puesto que, segun la Facultad, no ha muerto loco.

EL ROSAL BLANCO.

(SACADO DE LAS MEMORIAS DE UN HOMBRE SENSIBLE.)

Era á fines de abril.
Yo habia soñado con el sol, con las flores y los campos, y habia salido de París para ir á instalarme en una casita de Chatou.

—Aquí, me decia yo, el trabajo debe ser mas agradable y fácil; ningun ruido del mundo llegará á mis oidos; aquí no me alcanzará ninguna borrasca de las pasiones. Tengo hermosos árboles que me darán frescura y sombra. A la derecha veo anchas praderas por donde corre el Sena como un inmenso reptil plateado. Ya no necesito atormentarme la cabeza para figurarme el cielo, el horizonte, la verdura. En torno mio, nada me oculta la perspectiva, nada... excepto sin embargo esa otra casita que se eleva á la izquierda y cuya ventana domina indiscretamente mi balcón.

Un capricho curioso separa de repente mis ojos del sitio pintoresco que admiraba para llevarlos hacia la ventana. La vidriera está entreabierta.

Dos ligeras cortinas de muselina ondulan al soplo de la brisa, y me dejan ver, ya una mano, ya la mitad de un brazo, ya un bucle de cabellos.

La mano ya y viene como la de una obrera ocupada en un trabajo de costura: el brazo me parece redondo, blanco, bien hecho; los cabellos son castaños.

Pero el viento y las cortinas no me permiten admirar otra cosa.

Felizmente la noche se aproxima; ya no se ve claro para coser, y mi vecina abre la ventana de par en par.

¡Oh felicidad! es una jóven, una adorable jóven de diez y siete años apenas, fresca como una flor de mayo, hermosa como un primer sueño de amor.

Obedeciendo á un instinto de urbanidad, me retiro, á fin de no asustar á aquel ángel; pero una vez entrada la noche me vuelvo á mi puesto de observacion.

La jóven dejó su ventana abierta. La veo encender una luz, volverse á sentar y continuar cosiendo.

Está sola.

Su aire tranquilo y suave, el ardor con que trabaja, la sencillez de los muebles y adornos, todo en ella y en torno suyo respira la inocencia. Veo sobre la chimenea una imágen de la Virgen, y en el fondo de su blanco techo se dibuja un Cristo con dos ramas benditas.

¡Pobre criatura! ¡ojalá no encuentres en tu camino los lazos de la seducción! Eres demasiado jóven para vivir así en el aislamiento. ¿Eres huérfana? ¡Ay! ya se ve; esas dos coronas de siempre vivas suspendidas sobre el Crucifijo, se hallan destinadas á una tumba! ¡Oh! quisiera ser tu hermano, para alejar de tu cabeza los peligros que te amenazan y que quizás tú no sospechas.

Mi vecina ha terminado su labor.

Llegó la hora del descanso. Se arrodilla ante la Virgen, reza; luego se cierra la ventana, y se apaga la luz.

Duerme en paz, jóven.

Espero con impaciencia que amanezca y vuelvo á mi balcón. La ventana de la jóven está abierta; oigo que revuelve los muebles, que barre el cuarto, acompañando esta ocupacion casera con alegres cánticos que se mezclan á las notas penetrantes de las golondrinas matinales.

Acabada la limpieza, mi vecina se pone una papalina de tul guarnecida de cintas azules, se atusa los cabellos ante el espejo, y se echa una manteleta sobre los hombros.

Evidentemente se dispone á salir. ¿Dónde puede ir tan de mañana?

El demonio de la curiosidad se apodera de mí. Ya la jóven estaba en la calle, y bajo.

—¡Buenos dias, señorita María! la grita una aldeana de mala facha, encargada de las funciones de portera que estaba barriendo el portal; temprano salis hoy.

—Sí, señora Teresa. Voy á casa del jardinero de palacio; las flores que me vendió el otro dia no valen nada; quiero comprar otra cosa.

—¡Pobre jóven! vos misma sois una verdadera flor; jamás he tenido una inquilina tan bonita!

La jóven se sonrojó, continuó su camino, y al cabo de cinco minutos la ví atravesar la verja del palacio, posesion sumamente rica, abandonada á la explotacion de algunos subalternos, y casi siempre abierta á los paseantes.

Yo penetré tambien sin dificultad detrás de María, pues ya sé que se llama María.

Guiada por el jardinero se pone á correr de flor en flor como una abeja, se embriaga de perfumes, y se inclina con avidez sobre las deslumbrantes corolas.

Por fin se detiene ante un enorme rosal blanco, y yo me acerco lo suficiente para oír estas palabras:

—¡Caro debe ser este rosal!
—No mucho.

—¿Cuánto vale?
—Seis francos.

—¿Ultimo precio?
—No podria darle un ochavo menos.

—¡Dios mio! Jamás gastaré tanto en flores, murmuró María. Y al decir esto lanza un suspiro y echa una ojeada sobre el rosal con sentimiento.

Como estaba vuelta de espaldas, yo me acerco vivamente, deslizo cinco francos en la mano del jardinero, y luego mostrando á María y llevándome un dedo á los labios, aparento continuar mi paseo.

—Vamos, señorita, ¿cuánto me dariais por ese rosal? pregunta el jardinero.

—El otro dia me disteis un hermoso tiesto por franco y medio, respondió tímidamente la jóven, y creí que no valdria mas este rosal.

Es verdad, no me acordaba; puesto que sois mi parroquiana, os le daré en lo mismo, y Blas lo llevará á vuestra casa.

—¡Oh! es inútil, no vivo lejos.

—No le hace, con una parroquiana se deben guardar ciertas consideraciones. Blas, ven aquí pronto! exclama el jardinero apostrofando á un muchacho que estaba regando flores. Vas á llevar ese rosal á casa de esta señorita.

El mozo eoló á andar con aire triunfante delante de la jóven con su rosal en la cabeza.

Quince minutos después estaba yo en mi cuarto, admirando el rosal blanco instalado en la ventana de la obrera.

Tambien miraba un poco á la jóven; pero con mucha hipocresia, volviéndome cuando alzaba los ojos hacia mí, y aparentando una indiferencia completa.

María estaba arreglando el precioso arbusto, examinándole con cuidado hoja por hoja, limpiando el polvo con cuidado y quitando los insectos.

Dos ó tres botones principiaban á despuntar; la jóven los contemplaba estasiada; luego fué á buscar agua, y humedecia la tierra con la precaucion de un horticultor consumado.

¡Encantador espectáculo!
¡Oh! serás una jóven honrada, tierna paloma, pues tus gustos y tus placeres son tan puros como el fondo de tu alma.

Cultiva tu rosal, trabaja, conserva piadosamente el recuerdo de tu madre, y Dios te bendecirá, y serás dichosa.

Un dia, bien luego quizás, algun honrado artesano se casará contigo. Serás buena esposa y buena madre; tendrás hermosos hijos que educarás en el amor de la patria y del trabajo.

Vi que María tomaba un libro, un devocionario, pues era domingo aquel dia.

Respiró por última vez las suaves emanaciones del rosal, cerró la ventana, y bajó á la calle.

—¿Por qué no he de ir yo tambien á misa? exclamé.

Bajando tambien, me fuí con María, precediéndola algunos pasos, y cuando llegamos al umbral de la iglesia, cedí á la tentacion de volverme para ofrecerle la agua bendita.

La jóven la tomó dándome las gracias con un saludo, se dirigió hacia el centro de la nave, y se arrodilló entre los fieles.

Me parece ver aun sus largos párpados inclinados sobre sus ojos negros, sus manitas cruzadas, su talle ligeramente doblegado, talle mas flexible que una caña, y sus labios rojos que se movian dulcemente como dos hojas de rosa al soplo de la brisa.

—Hé ahí una bonita jóven, dijo una voz á mi lado: ¿cómo viene aquí á rezar padrenuestros?

Yo me volví hacia el que dejó escapar estas palabras, y reconocí á uno de esos mozalvetes á la moda que tanto abundan en París. Le lancé una mirada terrible, que él aguantó con rostro sardónico, y dando una media vuelta desapareció de donde estaba plantado.

Concluida la misa, yo seguí á unos diez pasos de distancia á María que marchaba hacia su casa, cuando ví que se acercaba á ella aquel mismo individuo, cuyo lente, durante la misa, no se habia separado de la jóven.

Sin duda la habia asperado á la puerta de la iglesia.

Comprendí que la hablaba de un modo ligero, pues la pobre jóven temblaba y echaba en su derredor miradas suplicantes y temerosas, como si hubiese implorado el auxilio de los transeuntes para libertarse de aquel hombre.

Atravesar de un brinco la distancia que me separaba de María, rechazar á su agresor, darle mi tarjeta con mis señas, y ofrecer mi brazo á la jóven, todo esto fué negocio de un segundo.

—¡Oh, mil gracias, caballero! murmuró María. Ignoro lo que yo la respondí.

La cólera me subia á la cabeza; apreté el paso á fin de llegar pronto á la puerta de María, y me volví al instante creyendo hallar al m serable que la habia insultado.

Pero no encontré á nadie.

—¿Ha querido sustraerse al castigo que yo le reservaba?
Entonces entré en mi casa, y por mucho tiempo me fué imposible serenarme.

¡Qué emocion tan extraordinaria se habia apoderado de mi corazon! ¿De dónde provenian aquellos impetus fogosos?

Mil veces habia visto en las calles de París escenas idénticas; mil veces habia visto asaltadas á pobres mujeres, y nunca se me habia ocurrido salir á su defensa. Al contrario, solia sonreirme al aspecto de sus pasos vacilantes, de su aire de miedo, de sus singulares evoluciones para escapar á la persecucion de los seductores de cal ejueias. Ciertamente habia mucha distancia de mi indiferencia acostumbrada á aquel ardor repentino que me atrastró á defender la moral campstre.

La jóven se habia sentado á su ventana: sus ojos se encontraron con los mos: me reconoció, y se puso en calma; pero reponiéndose al punto de su emocion, se levantó, me hizo un ademán dándome las gracias, y me dirigió una sonrisa placentera.

(La continuacion en la página 446.)



POLKA.

LA PERLA JAVIENSE.

A LA SEÑORITA

DOÑA JOSEFA DE HERREROS,

DE DON JOSE MORALES Y SANZ.

Musical score for piano, including treble and bass clefs, notes, rests, and dynamic markings like 'P.' and 'ff'.

Vertical columns of text on the left and right sides of the page, containing various articles and commentary.



Two musical staves with lyrics in Spanish. The lyrics are: "¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha!"

¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha!

¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! ¡Adios me dice, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha!

Yo sentí que mi alma se embriagaba; una nube oscureció mi frente; creí que iba á caerme desmayado.

El velo se rasgaba; vi claro en el fondo de mi mismo. —¿Dónde me llevaría mi pasión? ¿Soy capaz de seducir á María? No sería indigno de aprovecharme de un sentimiento de gratitud para hallar el camino de su ternura, para agotar en flor su porvenir? No, no volveré á verla; tomaré medidas contra mi flaqueza, y si es preciso saldré de la aldea.

Un violento campanillazo me arrancó de mis reflexiones; abrí, y se presentaron dos caballeros.

—Señor mio, dijo uno de ellos, acabais de ofender al conde Ernesto de Frazieres, nuestro amigo, y venios á pedirnos una satisfacción de esta ofensa.

—Muy bien, señores; sin embargo, habrais podido llamar mas quedo.

Les ofrecí dos sillas, y el que habia tomado la palabra prosiguió como sigue:

—Al salir de misa, el conde deslizó algunas palabras al oído de una joven obrera, cuando le separásteis bruscamente de la joven; dándole vuestra tarjeta con un ademán provocador.

—Lo confieso, respondí; el hecho es exactísimo. —¿Esa mujer es vuestra hermana, ó tenís alguna otra relacion con ella?

—Apenas la conozco. —Vuestra conducta en ese caso es inexplicable. No es de vuestra familia ni tenéis con ella ninguna relacion, y tomáis su defensa con tanto calor!... Desde el día que Don Quijote, de alegre memoria, yo no pensaba que hubiese en el mundo un hombre bastante... caballeresco para romper lanzas de ese modo en favor de la primera hermosura que se presenta.

—¿Caballero! exclamé indignado. —No hay que incomodarse: vuestro interés por esa joven desconocida no debe ser cosa mayor; maquiñalmente, por distincion quizás, os atravesásteis con el conde; y permitiéndome que os diga, caballero, que no conocéis ni la delicadeza de carácter, ni la lealtad de sentimientos de nuestro amigo.

—¿Y á qué fin tantas esplicaciones? —Para convenceros de que no debéis presentaros como obstáculo ante unos proyectos cuya ejecucion debe ser ventajosa, en todo caso, á vuestra protegida.

—Es imposible, respondí con una sonrisa amarga, el proponerme con mas habilidad y en mejores términos la complicidad en una infamia.

—¿Caballero! exclamó él á su vez. —Hé aquí la respuesta que os suplico repitais en propios términos á M. de Frazieres; el acaso ha permitido que un hombre honrado pudiese salir á la defensa de una joven tímida y sin esperiencia, y este hombre la ha salvado de una primera tentativa de seducción, buena obra de que se glorifica y que no quedará imperfecta.

—Entonces es difícil, dijo mi interlocutor levantándose, que se termine esta cuestion por buenas.

—Como gustéis; estoy á vuestras órdenes. —Consideramos como un deber prevenirnos que el conde es de primera fuerza á la pistola, y que lleva ocho años de esgrima.

—Todo eso me decide, señores, á dejarle la eleccion de armas. —Pues elegimos el florete.

—Acepto: ¿qué día? —Mañana. La posesion de M. Frazieres está á dos leguas de aquí, junto á San German, sobre la linea del camino de hierro. Por ese lado tendrá lugar el combate, si gustais.

—Enhorabuena: quedamos en ello. Los padrinos del conde se retiraron, y yo envié á llamar á dos amigos que vinieron aquella tarde misma.

—¿Qué otro en mi lugar habria retrocedido? La primera culpa estaba de mi parte, si es una culpa el proteger la virtud. Mi amor propio por María aumentaba mas aun mi susceptibilidad; convego en ello; pero, ¿no iba ya á tomar medidas contra mí mismo, á fin de combatir ese amor? ¿No estaba resuelto á alejarme y á sufrir mas bien que comprometer el candor de este ángel? Y hé aquí que otro hombre, un fatuo, un elegante de salon, quiere ajar esa flor de inocencia que yo respeto: ¡y se atreve á pedirme la promesa de que no le sirva de obstáculo para sus placeres! ¡me insulta á la vez en mi orgullo, en mi delicadeza, en mi honor!... ¡No es posible aguantarlo!

Al amanecer estábamos en una calle de árboles de la floresta de San German, donde debian llegar Frazieres y sus padrinos.

En efecto, llegaron en una elegante carretela. Un lacayo á caballo los acompañaba.

Elegido el terreno y medidas las armas, el conde, antes de tomar la suya, sacó de su bolsillo una cartera y llamó al lacayo.

—Una onza de oro para tí, le dijo, si en media hora estás en Chatou y entregas esta carta á la señora María Lagrange, núm. 22, calle de Sena.

Yo lancé un grito de furor. —¿Qué tenéis? me preguntó el conde con una calma insolente. Aquí hay flores, y aquí está mi pecho; ¿á qué ocuparos de lo demás? En guardia, caballero!

Y cruzamos los aceros. Yo tenia sed de la sangre de aquel hombre; si le hubiera visto caer atravesado mortalmente, habria dicho: —Me alegro; María está salvada.

¡Cosa singular en un adversario mas diestro que yo! se limitaba á la defensiva y no atacaba. Habriase dicho que usaba de indulgencia conmigo, ó que buscaba la ocasion de que yo le hiriera levemente para poner término á la pelea. Sin embargo, esta idea no me vino sino mucho después; creyendo que el conde se burlaba de mi inferioridad, me indignaba y juraba en mis adentros castigar su impertinente presuncion; pero mientras jugaba de aquel modo hizo un movimiento tan desgraciado ó tan bien combinado que recibió mi punta en el brazo y dejó caer sus armas diciendo: —¡Estoy herido!

La sangre saltó en efecto: los padrinos se arrojaron en medio de nosotros.

Al conde le llevaron entre dos á su carretela.

—¡Adios, me dijo, noble campeón del bello sexo, valeroso imitador del célebre héroe de la Mancha! Yo tengo en la Academia francesa un venerable tío á quien os recomendaré, para que os dé el premio que se concede anualmente á la virtud. Por lo demás, tengo esperanzas de adquirir nuevas pruebas de vuestro mérito. Esta mañana han debido a quitarme en el piso bajo de la casa número 22 un aposento que estarán amueblando á estas horas. Mis ventanillas estan enfrente de las vuestras, y os aseguro que me gustará estudiar las costumbres de un hombre tan apasionado á la virtud; siempre he tenido inclinacion á la historia natural.

—¡Miserable! exclamé luchando contra mis padrinos que no me dejaban escapar; te has dejado herir adrede.

—Así ha sido, intrépido paladin; y á fé mia la astucia es de buena ley; mi brazo vendado me dará un aire interesante para la muchacha.

Y dicho esto, mandó que echáran á andar, y los caballos partieron al galope.

Yo me pregunté cómo no me volví loco de dolor y de ira. Sin embargo conocí que con un furor impotente no se avanzaba nada. Lo mejor era recobrar mi sangre fria para burlar las intenciones de un fatuo.

¡Oh! veré á María, la hablaré, sabré advertirla del peligro que la aguarda.

¿Qué importa que el conde me preceda en casa de mi vecina, que trate de perderme en su ánimo, y que emprenda sus indignas maniobras? Estoy seguro de que no lograré nada. La piadosa joven, reconociendo al impertinente de quien la liberté, sabrá despreciarlo. Y después, Frazieres, á pesar de su presuntuosa vanidad, no querrá precipitar desde luego el triunfo que ambiciona.

Con estas reflexiones me tranquilicé un poco. Anunciar bruscamente á la joven los insensatos proyectos del conde seria una torpeza. Además, quizás María podria ofenderse, pues esto ser á darla á entender que la juzgo capaz de sucumbir. ¿Acaso la religion no es su mejor defensa? ¿Qué necesita de mis consejos cuando Dios la sostiene?

Entonces llegué á Chatou. Parecíame que la borrasca de mi pasión se apaciguaba en mí, que mi amor á María se cambiaba en un afecto fraternal y sereno, sin que tuviera que temer remordimientos ni agitaciones.

¡María, pobre criatura! Sin duda está ahí en su cuartito. Veo el rosál, siempre fresco, siempre verde, ostentando á mis ojos su hermosura; pero ¿dónde está la joven? ¿Dónde está mi mas hermosa flor? Al cabo la descubrí: ¡pobre ángel! está arrodillada y rezando ante el Crucifijo. Su rostro se halla inundado de lágrimas. Se levanta y toma sobre su mesa de labor un papel abierto, que recorre, que lee segunda vez, como repasando todas las frases, todas las palabras.

¡Gran Dios! será la carta del conde. Sí, no hay la menor duda.

—¡Desgárrala, María, desgarrá ese fatal papel! no des oídos á la tentacion; arroja al viento los pedazos de esa carta maldita!... Frazieres... cobarde!... infame!... Y no le he matado!... Quizás está allí, á algunos pasos de ella, como la serpiente en la sombra, y meditando su pérdida.

La puerta se abre: —¡Gracias, Dios mio! no es el conde; es una mujer, la portera de la casa, la misma que barria el portal el dia que bajaba la obrera para comprar sus flores. Se acerca á María y la habla.

La joven se estremece, la escucha con ávido interés: luego la portera trata de arrastrar á la joven, que se resiste con miedo.

Me siento sobrecogido de un vago terror. No oigo las palabras de aquella mujer; pero un presentimiento invencible me la denuncia como un genio malo, que ha ido allí de intento con el fin de destruir las inspiraciones del cielo.

Cediendo á mis esfuerzos, doy un grito, me inclino sobre la ventana, y dirijo hácia la obrera mis manos suplicantes. María vuelve la cabeza y me mira.

Sus pálidas mejillas se animan; me lanza una mirada de indignacion, y luego se cierra violentamente la ventana.

Algunas hojas del bonito rosál, cediendo al choque, vuelan llevadas por el viento; ¡fatal presagio!

De repente otra ventana se abre debajo de la joven. Un hombre se presenta con el brazo colgando de un pañuelo, muellemente tendido en un sillón, y fumando un cigarro con la mano que tiene libre. Ese hombre me envía bocanadas de humo con ironía. Distingo su sonrisa desdeñosa: es Mr. de Frazieres.

—¡Soy contigo! exclamé furioso; creo que ya no te batirás, pero tendremos en presencia de María una esplicacion que no será honrosa para tí.

Y bajé con los miembros trémulos, encendido en ira. Cuando llegué al vestíbulo de la casa que habitaba la obrera, encontré un obstáculo que habria podido prever. La portera habia salido del cuarto de María y estaba en pie junto á la escalera.

En cuanto me vió se puso á gritar: —¡Lambert! ven pronto, aquí le tenemos!

Un abominable personaje salió de la portera. Llevaba atado á la cintura un grueso delantal de cuero, y su cabeza estaba cubierta con un gorro viejo de pelo que le daba un aspecto feroz. Sus brazos desnudos y su rostro eran negruzcos; en la mano llevaba una bota que estaba remendando y que agitaba amenazándome.

—Ya sabemos quien sois, gritó el remendon con voz aguardentosa; pero no entrareis.

Por mas que quise seducirle, mis ofertas y súplicas no lograron nada; marido y mujer me rechazaron afuera brutalmente.

La muchedumbre comenzaba á reunirse. Oía comentarios, murmullos, carcajadas; mis oídos zumbaban, mis ojos se ponian turbios, y nada distinguia.

En vez de volverme á mi casa, bajé á la orilla del Sena. Estaba cayendo una lluvia de tempestad; pero yo no sentia el aguacero que penetraba mis vestidos, y me dejaba helado. El viento se llevó mi sombrero; continué corriendo al borde del rio, con la cabeza desnuda y los cabellos pegados á las sienes.

Por la noche me hallaron en el campo privado de cono-

cimiento con una fiebre aguda que me puso á dos dedos de la tumba.

Sin embargo triunfé del mal, gracias á mi constitucion robusta.

Mi médico vino de París, y no se separó de mí una hora. Cuando recobré el uso de mis facultades, el digno hombre se hallaba á mi cabecera.

—¿Sois vos, doctor? murmuré; ¿dónde estoy? ¿He corrido mucho peligro?

—Sí, me respondió: sin embargo, ya estais mejor, mucho mejor. Os salvaré, si triunfa la razon; y si tenéis valor para ahoyentar ideas peligrosas. ¿Me lo prometéis?

—¡María, pobre María!

—Justamente, eso es lo que estais repitiendo hace nueve dias: «¡María, pobre María!»

—¡Ah doctor! soy muy de graciado.

—Llorad, me dijo, llorad; las lágrimas consuelan. Muchos enfermos se curan llorando. En cuando á vuestra enfermedad, yo ví que provenia de una causa moral.

—¿Habria inconveniente en abrir mi ventana, doctor?

—No: el tiempo está bueno; de modo que no os vendrá mal un poco de aire.

—¡Qué hermoso horizonte, doctor! Siento que me reanimó; me parece que tendria fuerzas para levantarme y llegar á la ventana.

—Hariais muy mal en eso.

—Tranquilizaos; no quiero desobedeceros; decidme doctor... ¿veis en la ventana de la casa á la izquierda un rosál blanco?

—Sí lo veo.

—¿Está muy fresco, no es verdad?

—Al contrario, está muy ajado; la persona á quien pertenece le cuida muy mal; se ve que no le han regado hace ya tiempo; los rayos del sol le han agostado.

—¡Ay! ¡ya no lo cuida! murmuré yo tan bajo que el doctor no pudo oirme. ¡Pobre joven!

—Desde aquí, repuso el doctor, disfrutais de una vista encantadora.

—¡Ay, ay! exclamé suspirando con dolor.

—¿Qué tenéis? ¿os sentís por?

—¡Oh! los que so tienen que el hombre es un animal razonable, no lo son ellos mucho, doctor, respondí con amargura.

—Vamos, veo que principias á recaer en vuestras negras ideas.

—¡Pobre María! tan piadosa, tan cándida... y ahora... pero decidme, doctor, mirad un poco á la ventana de debajo... él debe estar allí...

—¿Quién?

—¡El!...

Y al pensamiento de este hombre, volví á caer en mi cama donde me habia incorporado un poco, estremeziéndome y con las sienes inundadas de un sudor glacial.

Tardé mucho tiempo en curarme. Por fin llegó el dia en que me llevarán al balcon, y vi el arbusto cuyas ramas en efecto se removian tristemente.

Una hoja del rosál, una sola, pero descolorida y ajada, se agitaba aun á la punta de una rama.

El viento parecía haber esperado hasta aquel instante para llevársela. La vi revolotear y caer al suelo. Un soplo la llevaba al cielo, otro la impelia hácia la tierra. La hoja se columpiaba á la altura del portal, donde mis esfuerzos por salvar á María habian sido tan cruelmente rechazados.

—¿Qué he visto?... ¡Miseri-cordia! El portal está tendido de negro; en medio hay un féretro... ¿Qué es eso, doctor?...

—No sé... parece que es una joven que se ha dado la muerte por no sobrevivir á su abandono.

Al mismo tiempo la última hoja del rosál caía sobre el paño mortuorio.

E. DE M.

RETRATOS DEL DIABLO.

Los escultores cristianos han representado muchas veces al diablo en los monumentos de la edad media. Sus retratos varían mucho, segun los lugares y los tiempos; y antes de tener cola y cuernos como ahora, ha pasado por muchas transformaciones. Las pinturas mas antiguas le representan como un hombre barbado, de nariz muy aguileña y la boca muy hundida. El tipo de su figura tiene mucha analogia con el de las cabezas de Part; y no es inverosímil que queriendo los cristianos inspirar á los neófitos horror á la religion, que querian destruir hayan hecho al enemigo de los hombres semejante á una divinidad pagana.

Otras veces el diablo está derramando una copa ó una caja que tiene en la mano, lo que sin duda es una alegoría tomada de la fábula de Pandora.

Mas tarde se fué alterando poco á poco su forma humana, y es menester suponer que las comunicaciones de los cristianos con los árabes y los persas han influido algo en este resultado. Vistiéronle los atributos de todos los monstruos engendrados por la imaginacion oriental; pero estas mudanzas no fueron rápidas, pues solo adquirió sucesivamente estos adornos terribles, y hasta después de la primera cruzada el diablo no llegó á ser definitivamente un monstruo.

En general deben mirarse como anteriores del siglo XII todas las representaciones del diablo, que le dan una figura fea y horrible, si se quiere, pero que le reproducen bajo una forma humana. Desde la mitad del siglo XII se pinta comunmente como un monstruo compuesto todo de miembros, tomados de muchos animales espantosos.

TABERNAS DE TEMPLANZA.

La templanza, como casi todo el mundo sabe, es una virtud que se inventó en América; de manera que á no descubrir Cristóbal Colon el Nuevo-Mundo, nunca hubiera salido de la nada aquella virtud cardinal.

Y no es decir que los desunidos ciudadanos de la Union sean todos Cincinatos y Curios, y que cual estos coman raices en horteras; pues hay honorificas excepciones reunidas en sociedad que han enjertado su pequeña república en la general del país, y confiscado exclusivamente en provecho propio la virtud de la templanza, que comiendo descubrieron.

Júntanse estos graves sectarios en una *meeting*, y hacen una procesion con objeto de celebrar la sobriedad, del mismo modo que en las novelas se celebra el amor y la vida del campo. En el *meeting* es donde se confortan mutuamente en su virtud, comiendo con moderacion un *rostleef* con batatas, y bebiendo únicamente vino de Jerez. Solo por fórmula tienen esclavos, y abolirían de buena gana su esclavitud, si no les fuese prohibido dar libertad á los que no gozan de ella.

La secta de la templanza atravesó últimamente el Océano y desembarcó en Liverpool. Otra sociedad de abstinencia se constituyó igualmente en el condado de Lancaster, bautizada con el nombre de *Total Abstinence*, porque era tartamudo su fundador. Y para que eso de *total* no parezca un enigma, explicaremos cuál fué la causa de semejante bautizo.

Hallábase en el muelle del *dock de Trafalgar* mister Witead, cervicero quebrado, cuando desembarcó en Liverpool procedente de Nueva York la virtud de la templanza. Llevóse Witead á su casa la virtud, representada por un comerciante encarnado y gordiflon llamado Pickes; y como llevase este americano en su cartera los reglamentos de la sobriedad, diólos generosamente á Witead, mediante quince libras esterlinas, porque todo cuesta en América y en Liverpool el dinero, y sobre todo una virtud que con él no se paga.

Pidió Witead prestadas las quince libras, y se hizo dar recibo de Pickes; porque entre amigos cuentas claras, y mas en tratándose de gentes virtuosas.

Convocó entonces Witead á todos los destemplados en sus apetitos; pero como nadie acudiese á la voz de un cervicero quebrado, compuso este un pendon azul, en el cual pintó la virtud de la templanza, y solo hizo una procesion en *Castle-street*, á la hora de la bolsa, cantando hasta desganitarse un cántico con sus correspondientes coros.

En Inglaterra, así que empieza un cualquiera á hacer algo, nunca faltan ociosos y babiecas que le sigan, aunque no sea mas que para pasar el tiempo. Al concluirse la procesion, hallóse Witead rodeado de un centenar de famélicos que se le habian unido con la esperanza de que les diese de comer, y haciéndolos entrar en su casa de *Jourdan-street*, pronunció la allocucion siguiente:

«Hermanos míos, prra partir con vosotros el pan de la abstinencia os he convocado. Fija en nosotros tiene la vista el mundo goloso, y fuerza es atraerle al sendero de la virtud por medio de la templanza y la sobriedad, ó mejor dicho, por medio de la *ti... to... ti... to... total abstinencia.*»

Ya dijimos que Witead era tartamudo; y así fué que al llegar á la palabra *total*, trabósele la lengua en la *t*, y hubo de hacer los mas inauditos esfuerzos para pronunciarla. Y como todo es sagrado en el origen de las grandes instituciones, resolviéron por unanimidad aquellos catecúmenos que pasara la tartamudez de Witead á la mas remota posteridad, á cuyo efecto consagró un sumario tan memorable incidente. Desde entonces fué *Total Abstinence* el nombre sacramental de la sociedad.

Y van ya tres años por lo menos que la secta de la abstinencia pasea sus virtudes por las calles de Liverpool, y tiene dos músicas y cuarenta y dos pendones, y hace cada año un *meeting*, una procesion y un banquete. Trescientos socios se han reunido en tan corto tiempo, no teniendo Liverpool mas que trescientas mil almas; por lo cual se puede deducir cuán rápidos sean los progresos de la virtud en aquella ciudad privilegiada.

Peró á pesar de tan ferviente celo, ha sufrido Witead algunas crisis capaces de desalentar al mismo Mahoma; y así es que en varias ocasiones ha tratado de renunciar á la virtud, y hasta se le ha encontrado no pocas veces frente á *Liver-Theatre*, en un estado de alarmante y sacrilega embriaguez.

Subleváronse á esto los trescientos socios contra la destemplanza y flaqueza de su jefe, y llevados del mas sublime sentimiento, juraron sepultarse todos en las termópilas de la virtud, antes que dar á Liverpool un ejemplo de apostasia que los deshonrase á la faz del universo entero.

A fuerza de sermones y quejas llegaron por fin á arrancar algunas concesiones de Witead; porque este apóstol, á pesar de sus repetidas destemplanzas, quería que ciegamente se obedeciesen los estatutos fundamentales, y no hubiera permitido un solo vaso de *wisky* al mas sediento de sus socios, ni menos permitir que se emborrachasen á la inglesa si no era en el banquete del aniversario, pues una vez concluido, únicamente podían beber agua del rio Mersey, so pena, quien lo infringiese, de verse delatado ante el universo como prevaricador: cosa que en verdad hubiera consternado al prevaricador y al universo.

Alojóse por fin algun tanto Witead de su rigor cuando recibió la solicitud siguiente, traducida testualmente del inglés:

«Padre: Babilonia se hunde cada dia mas en el lamedal del vicio. Los magos y sátrapas nos escupen á la cara, porque se avergüenzan al ver nuestra virtud, y somos espejos en que tan feos y embrutecidos ojos se miran. A nadie recluta nuestro ejemplo, y amagan, al contrario, ciertas defecciones que nos cubrirían de mengua; y así, continúa, quedareis vos solo de una sociedad tan floreciente en su origen. Fuerza es pues que nos mezclemos con los paganos, y con ellos hagamos libaciones, probándonos de este modo que la *Total Abstinence* autoriza tal cual vez á ligeros excesos de mesa y de bebida. Solo así conservaremos á los tibios en la fé, y llamaremos además á nuestro seno á las almas pacatas que ahuyenta ahora nuestra anacóretica virtud.»—Siguen las firmas.

Meditó gran rato Witead sobre esta representacion. Al principio se atufó de tal manera, que quiso licenciar la sociedad, fundado en que trataba esta de usurpar sus prerogativas; pero contúvole el escándalo que al universo diera semejante medida. Considerándolo todo, tomó Witead un partido misto, y resolvió que se abriesen dos tabernas de templanza, una en *Lime-street* y otra en *Williamson-square*. Empero ¿cuáles licores se habian de dar en ambas tabernas? Testo fué este que se debatió acaloradamente en medio de científicas y sesudas reflexiones.

Por supuesto que no habia que pensar en el *porter*, el *ale*,

ni el *halfandhalf*, porque la sociedad se componia casi toda de cerviceros tronados, que predicaban la templanza para arruinar á sus contrades. Por otro lado, el vino de Oporto, el *scherry* y el *wisky* habian recibido tantos anatemas en pleno *meeting*, que hasta vergonzoso hubiera sido proclamar su rehabilitacion. Pero en una taberna es preciso beber, dijo un miembro, y tan oportunamente justa pareció á todos semejante reflexion, que cada uno de los socios recibió el encargo de componer alguna virtuosa bebida en sus horas de solaz.

Y á la siguiente sesion presentaron trescientos proyectos de bebidas honestas. Nombróse una comision para examinarlas, y cada miembro de la comision dió la preferencia á la bebida que él inventara; pero decidiose al cabo que solo se admitieran tres; café, *porter* y aguardiente. Mister Witead habia inventado el café, y subió á la tribuna para analizar su obra.

«Mi café, dijo, se compone de esencia de rosa, beleño, clavo y ajonjolí tostado. La esencia de rosa da cierto perfume á mi licor, el beleño le imprime su virtud opiática, el clavo le presta modesto escitante, y el ajonjolí tostado un hermoso colorido de hábito de capuchino, y un sabor de haba arábica de buen paladar. Verdad es que hubiera yo deseado insinuar en esta composicion siquiera una gota de espíritu de café moka; pero entonces hubiera sido esto café, que es precisamente lo que trataba de evitar á toda costa. En suma, cualquier elemento puede entrar en mi café, como no sea café. Aquí está el pomo; que lo gusten los circunstantes.»

Pasó el pomo de labio en labio, y convencieron los miembros de que llenaba aquel licor todas las condiciones que imponer pudiese la mas austera virtud.

Tras de Witead subió á la tribuna Mister Benwell para analizar su *porter*. Con furibundas diatribas empezó contra el *porter*, que tantos estómagos y honrados cerviceros habia arruinado: rayos y centellas fulminó contra el *barclay-perkins*, que comparó con el diablo derribado por el arcángel San Miguel: desgañóse aun con mas acritud contra el *wite-bread*, y en su peroracion incorporó á todos los *porters*, sin dar cuartel siquiera al *halfandhalf*; á ese malvado, dijo, de dos caras para embaucar mas á mansalva á los crédulos bebedores.

«Mi *porter*, añadió suavizando la voz, es puro como la fuente en que bebian Adán y Eva en el Paraiso terrenal; y no puede darse cosa mas sencilla, porque sus ingredientes son clarinetes viejos herbidos en una caldera, y sazonados con un grano de cal viva. Los clarinetes de box los uso en vez del pérdido lúpulo, y el grano de cal viva hace que tenga cierta espuma de buena vista, dando á los labios una picazon agradable. Basta solo un clarinete para hacer una bota de cien cuartillos. Ahí está el frasco en la mesa.»

Gustaron todos el *porter* de Benwell, y adoptáronlo con entusiasmo tal, que hasta dijeron que podia tomarse en vez de chocolate por las mañanas.

El inventor del aguardiente se llamaba Downton, comerciante quebrado, que se echó á negociar en líquidos y no tenia mas que agua clara. Estalló de consiguiente su justa indignacion contra el aguardiente sin preparaciones oratorias; comparólo con el fuego del infierno, con el áspid de Cleopatra, con el ácido prúsico, con la solitaria y el zumaque venenoso. «¡Preciso es, exclamó, que en esta urna se seque esa Nayada de Flegeton, rio de los infiernos, que rueda torrentes de llamas!!! Compónese mi aguardiente de tres elementos que no pueden ofender, agua del cielo, esencia de canela y miel rosada. La miel le da color y hace que fermente con suavidad; la esencia de canela irrita inocentemente la lengua y la garganta, y luego el agua llovediza corrige con su benigna influencia la parte hostil de los otros dos ingredientes. Anoche me bebi tres cuartillos de este aguardiente antes de acostarme, y he tenido hasta la madrugada ensueños de querubin. Tomad pues y bebed.»

Favorable acogida mereció el aguardiente de Downton. Hizose al instante una suscripcion entre todos para abastecerse de canela, miel rosada, clavos, ajonjolí y clarinetes viejos. El dueño de un almacén de instrumentos ofreció depositar cuantos tenia en las aras de la Virtud y en la fábrica de cerveza de Mister Benwell. Al ver un rasgo tan noble y desprendido, á torrentes les saltaban las lágrimas á todos los socios. ¡Cuán hermosos son los hombres en estos arranques de sensibilidad!

Abrióse á primeros de agosto de 1837 en *Lime-street* el café de Templanza, con esta divisa de la sociedad en ambos costados: «*My God prosper total abstinence. Sobriety brings peace and domestic comfort.*» Nada entendian los pasantes en estos enigmas, y echaban adelante; pero uno que otro manufacturero, procedente de Birmingham ó de Manchester, acosado de la sed y hallando á mano un café, entraba, y sentándose á una mesa, pedía *porter*.

Y oíase entonces en un órgano invisible el cántico *My God* con infinitas variaciones.

Presentábase al cuarto de hora un sóbrio fámulo, condecorado con la cinta blanca de la sociedad, y ante el parroquiano sediento ponía su pinta (media azumbre) de cerveza de Benwell.

Seria cosa de nunca acabar, si contásemos las borrascosas disputas que en el café se movieron, y cuántos mozos de templanza aniquilaron los robustos puños de los sedientos viajeros de Birmingham. Todos los dias se transformaba aquel café en teatro de catástrofes sin cuento, y retemblaba *Lime-street* á cada voto y terno del que salía envenenado con el *porter* Benwell, el café Witead y el aguardiente Downton.

Quejáronse por fin á la policía; pero esta respondió que todo ciudadano inglés era libre de componer licores, así como todo ciudadano era igualmente libre de beberlos. «Y si Mister Witead nos envenena, dijeron los querellantes, ¿qué hará entonces la policía?» Y respondió la policía con su acostumbrada calma: Mister Witead es libre de envenenar á quien le parezca; pero si tal sucede con alguno, se hará la autopsia del cadáver, y una vez probado el envenenamiento, cuidará la justicia de ahorcar á Mister Witead.»

Sin embargo, á cada instante se veia amenazado Witead de desaparecer en una tempestad como Rómulo. Su órgano lo habian hecho ya pedazos; los cristales de su puerta estaban todos rotos: ya no se presentaban mozos en reemplazo de los que habian lisiado los ciclopes de Manchester, y alzabase una visible quiebra en el horizonte de la templanza. En tan triste coyuntura pidió Witead proteccion á la policía, y colocáronse dos *polisemen*, armados de estacas de hierro, á la puerta del café envenenador.

Quería tal vez entrar alguno, gritaban los *polisemen* á duo: «*Atrás!*»—Voy á tomar un poco de *porter*.—No hay aquí *porter* que beber.—Tomaré *ale*.—No lo hay.—Entonces *halfandhalf*.—Tampoco.—Pues al menos descansaré.—Eso menos.

¡Qué enigma para el parroquiano!
Pero reuníanse á la noche los socios en el café con objeto de resarcir á Witead de tantos adelantos perdidos ó aventurados en su industria, y consumía una enorme cantidad de clarinetes. Al despedirse decian todos á Witead: «Padre, póngase este gasto en cuenta;» y nunca pagaban; pero acudian con exactitud todas las noches á su acostumbrada cita, y eran exactos sobre todo en no dar jamás un cuarto.

A fines del mes de agosto juntó Witead á sus hijos, y les pidió consejos y dinero. Diéronle consejos los socios con celo ciertamente filial; pero anduvieron mas sóbrios en lo del dinero, supuesto que no le entregaron ninguno. Amenazólos Witead con cerrar el café de la Templanza: desafiáronlo á que lo hiciese: acorrió á *Lime street*, y halló el café cerrado de orden del dueño de la casa. Protestó contra semejante arbitrariedad, y mientras hacia la protesta, le cogió del brazo un *polisemen* y le llevó á la cárcel.

En Inglaterra es gran crimen el no pagar las deudas y el alquiler de la casa: y Witead aparecia delincuente en ambos puntos. Tres semanas estuvo preso; pidió dinero prestado; pagó sus deudas, y volvió á abrir su café con esa heroica tenacidad que tanto distingue á los britanos.

Y hoy dia se pasea en su café vacío, y escribe discursos sobre la templanza para leerlos á la gente el 22 de julio próximo, dia aniversario de la fundacion de la sociedad.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Terminada la lujosa edicion de *Los tres Mosqueteros*, que ha aparecido en la *Biblioteca Universal*, va á comenzar la publicacion de la segunda parte, ó sean *Veinte años después*, con el mismo lujo que la primera y que *El Conde de Monte-Cristo*: para que nuestros suscritores juzguen del mérito de los grabados que ilustran estas ediciones, grabados de que estan llenas la mayor parte de las páginas, estampamos algunos en LA ILUSTRACION.

LAS TRES REINAS.

CAPÍTULO VIII.

María proseguía habitando la Torre de Londres; y aunque se atribuía esta determinacion á diversas causas, la principal de ellas era el deseo de ocultar al público los planes que abrigaba respecto al gobierno de sus estados. En efecto, allí se notaban menos las frecuentes conferencias que tenia con Simon Renard, que habia llegado á ser su consejero íntimo y el conducto de su correspondencia con Carlos V.

Tambien ocupaban á María pensamientos de otra naturaleza. Ya hemos hablado de la impresion que Eduardo de Courtenay habia producido en su ánimo, y de las conjeturas que habia hecho nacer entre los cortesanos: aquella inclinacion adquirió de dia en dia mayores proporciones, y todos creian que si la reina llegaba á casarse, elegiría á su ilustre primo.

Simon Renard observaba con despecho reconcentrado los efectos de una pasion que contrariaba sus miras, y resolvió combatirla á todo trance: conoció sin embargo, atendido el carácter resuelto de María, que le era indispensable no traspasar los limites de una prudencia cautelosa, pues al cabo tenia contra él á un partido poderoso, pues todos y hasta Gardiner y Noailles hacian la corte al conde de Devonshire. Aprobó pues simuladamente los sentimientos que la reina manifestaba, y nada omitió para captarse la voluntad de Courtenay.

La inesperienza del favorito sumiastró á Renard el diabólico pensamiento de suscitar á María una rival temible. Nada heria tanto la vanidad de la reina como la alusion mas leve á la belleza de su hermana; de modo que la sensacion que esta causaba en el pueblo de Londres era para ella un tormento insufrible. La princesa conocia bien esta debilidad, y procuraba oscurecerse, lo cual no impedia que Courtenay, sin saber el mal que causaba á su Real amante y el que á sí mismo se hacia, dejase comprender la admiracion que Isabel le inspiraba, elogiándola con frases, cuyo entusiasmo encendia el rubor en sus mejillas. La reina temió ser sacrificada, y trató de alejar á su hermana de la corte; pero Simon Renard le preparaba penas mas crueles.

Conociendo que la princesa no era insensible al culto que la rendia Courtenay, atizó el fuego y tuvo el gusto de conocer que este se convertia en incendio. Anunció al favorito su nueva conquista; el favorito perdió el seso, despreció los prudentes consejos de Gardiner y de Noailles, cometió mil imprudencias, é hizo público su amor. María entre tanto meditaba silenciosa su venganza, y Renard solo esperaba un momento favorable para que estallase la crisis.

Por fin la reina llamó á Courtenay, y asustado este de su glacial acogida, quiso arrojarse á sus piés; pero ella le contuvo diciéndole:

—Os hablo por la última vez.

—¡Por la última vez!

—Sí; para decirlos que reniego de mis sentimientos hacia vos, cualesquiera que hayan sido. No quiero recordaros los beneficios que me debeis, ni los grandes honores que os he concedido; me limito á decirlos que vuestra ingratitude iguala á vuestra perfidia, y que desde hoy quedais desterrado de mi presencia.

—¿Y en qué he podido ofender á V. M.?

—¡Fingis ignorarlo! He cerrado los ojos mucho tiempo sobre vuestra conducta, atribuyéndola á vuestra inesperienza, porque... porque al fin creia que me amabais.

—¿Conque no creis en mis protestas de adhesion? No: si me amais como reina, no me amais como mujer.

—Eso es no conocerme: he podido rendir á otras frivolas homenajes; pero vos sola poseis mi corazon.

—Mentís, porque amais á la princesa Isabel.

—V. M. padece un grave error.
—¿Y sois capaz de negar vuestra deslealtad? ¿De decirme que no habeis pronunciado amorosas palabras á los oídos de Isabel? ¿De asegurar que no habeis deplorado vuestros compromisos conmigo?

—Soy capaz de todo eso.
—Pues bien, traidor, aquí teneis una carta en la que os explicais claramente.
—¡Maldicion! murmuró el conde; Renard me ha vendido.

—¿Es esta vuestra letra?
—Debo confesar que sí.
—¿Y sosteneis todavía que no me habeis engañado?

—Os he engañado; pero nunca he cesado de amaros.

—Milord... Milord... no trateis de burlaros de mí, porque nadie lo hará impunemente con la hija de Enrique VIII.
—Ya sé que sois terrible en vuestra cólera; pero tambien sé que sois justa. Juzgadme, condenadme, si tal es vuestra voluntad; pero oidme. He escrito esa carta por sugerencias del mismo que os la ha entregado, de Simon Renard.

—¿Es posible!
—He sido un presuntuoso, un loco, pero no culpable de la negra perfidia que me echa en cara V. M. Castigadme, porque lo merezco; pero nunca creais que he olvidado vuestro amor.

—¿Hablais con sinceridad?
—¿Qué juramento quereis que pronuncie?

—Ninguno: hay otro medio mejor para saberlo.
Agitó con fuerza una campanilla, y dijo al ugiere que se presentó:

—¿Que venga al momento la princesa Isabel!
—¡La princesa! exclamó Courtenay.
—Que vengan tambien el lord Canciller y los embajadores de España y de Francia.
—Ignoro la intencion de V. M., repuso el conde; pero sabré morir antes que ocasionar el menor perjuicio á la princesa.

—No lo dudo; pero si no tengo derecho para castigar la traicion de un amante, puedo hacerlo con la desobediencia de un vasallo. Cuidado pues, y no me desobedezcais.

Poco después entraron los personajes llamados, y la reina les dirigió así la palabra:

—No ignorais, señores, porque ya no es un secreto, que ese hombre, que á mí sola debe el rango que ocupa y la fortuna que goza, ha sido preferido por mi voluntad á todos los reyes y príncipes que han solicitado mi mano. Ahora bien: ¿qué pensareis cuando os diga que el conde de Devonshire, infiel á sus juramentos, desprecia esa mano y la corona que le ofrezco? ¿Cuándo sepais que, seducido por las gracias de otra mujer, abandona la reina que se dignaba bajar hasta él para hacerle subir hasta ella?

—Imposible! exclamaron Gardiner y Noailles.
—Desengañaos; él mismo va á declararlo.

Isabel habia cambiado veinte veces de color, y su agitacion no se ocultó á la reina, cuya celosa ira fué aumentándose por instantes.

—¿Y qué direis, gritó por último, al oír que mi hermana, mi misma hermana, es el objeto de su adoracion?

—Hermana!... murmuró Isabel.
—Y que la princesa, sabiendo los compromisos del conde conmigo, ha alentado su ternura?

—El que ha dicho eso á V. M. ha mentado, dijo con rabia Courtenay. Reconozco mi falta; pero no tiene parte en ella la princesa.

—Cumplís bien, defendiéndola, milord, pero no me engañais: tan culpable es ella como vos.

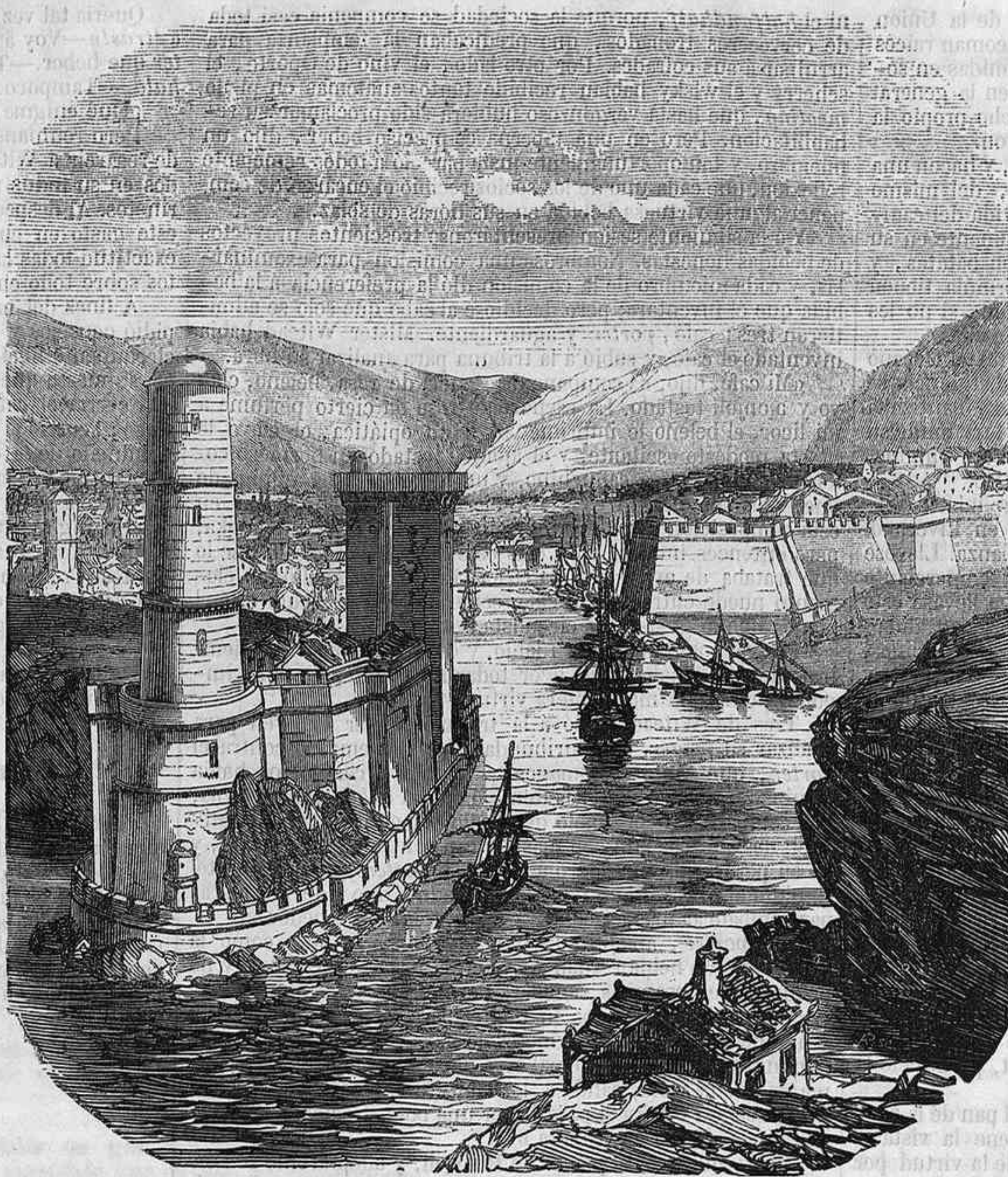
—Y mucho mas, si lo entendeis así, exclamó Isabel, que no menos irascible que su hermana, no pudo contenerse. A haber disimulado yo mis sentimientos hacia el conde, el conde no me hubiera declarado los suyos: soy por consiguiente la mas culpable.

—Bien, bien, replicó María riéndose convulsivamente: estoy satisfecha de ambos.

—Señora, se aventuró á decir Gardiner, no destruyais por un momento de cólera vuestra felicidad y las esperanzas de vuestro pueblo. Estoy seguro de que el conde de Devonshire os ama.

—¡Oh! ¡Si pudiese creerlo!
—Concedame V. M., añadió el conde, un cuarto de hora de audiencia particular, y acabaré de disipar todas sus dudas.

—No, milord; nuestra ruptura ha sido pública, y pública ha de ser nuestra reconciliacion, si se verifica.



Marsella.

—Eso me parece ya imposible, murmuró Simon Renard.
—Silencio! dijo María: en asuntos de gobierno, puedo si me place seguir vuestros consejos; mas ahora solo quiero entregarme á mis propias inspiraciones. Declarad, conde de Devonshire, que habeis engañado á mi hermana, ó mas bien á mi rival, y que siempre sois para mí el que antes habeis sido. ¿Consentís en ello?

sus espadas, corrieron hacia ellos é interpusieron entre ambos sus alabardas, gritándoles que no profanasen por mas tiempo la residencia Real.

Courtenay arrojó un bolsillo á los soldados para que no hablasen, y en seguida echó á andar diciendo á su contrario:

—Esta es una partida aplazada, señor Simon Renard.

—Así lo espero, milord Eduardo Courtenay, le respondió el embajador retirándose del jardín.

CAPITULO IX.

Jamás habia gozado el conde de Devonshire de tan grande favor, como después de su reconciliacion con la reina. Entre tanto creia la princesa Isabel que, seducido por la ambicion, se habia entregado enteramente á su rival: deseperada, pero resuelta á ocultar su dolor, adoptó una vida retirada, y se obstinó en no salir de sus aposentos.

¡Cuánto se equivocaba al juzgar de los sentimientos del conde! ¡Cuánto hubiera dado este por romper con su hermana! La grandeza que veia próxima para él solo le inspiraba un profundo disgusto y una repugnancia invencible.

Paseábase cierto dia meditabundo en el patio grande de la fortaleza, perseguido sin cesar por la imagen de Isabel, y presa de una ansiedad horrible: de pronto experimentó un violento deseo de ver á solas á la princesa, y habiendo llegado á entender que podria conseguirlo en aquel momento, echó á andar delirante hacia las galerías y se presentó temerariamente delante de Isabel.

—¡Ah! exclamó esta, ¿no estais todavía satisfecho de la turbacion que habeis causado? ¿Quereis añadir el insulto á la perfidia?

—Escuchadme por favor, Isabel, dijo el conde arrojándose á sus pies: vengo á implorar vuestro perdón.

—Os compadezco, milord, pero nunca podré perdonaros, porque me habeis engañado vilmente.

—Las apariencias me acusan, pero...
—¡Ah! Es una traicion infame, indigna de un hombre como vos. Ya habeis estado aquí demasiado tiempo: dejadme.

—No saldré sin explicaros...
—Desprecio esa explicacion.

—Os aseguro que me ha sido imposible sustraerme hasta hoy al empeño amoroso de la reina.

(Continuará.)



Plaza del Hôtel de ville en París.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.